

OMOS ANTIOQUEÑOS Y ELEGIMOS A FAJARDO:
REVISIÓN DE LAS RELACIONES ENTRE UN DISCURSO Y LA PARTICIPACIÓN
POLÍTICA EN MEDELLÍN



EUGENIA ARBOLEDA BALBÍN

UNIVERSIDAD PONTIFICIA JAVERIANA
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y RELACIONES INTERNACIONALES
MAESTRÍA EN ESTUDIOS POLÍTICOS
BOGOTÁ D.C.

2013

SOMOS ANTIOQUEÑOS Y ELEGIMOS A FAJARDO:
REVISIÓN DE LAS RELACIONES ENTRE UN DISCURSO Y LA PARTICIPACIÓN
POLÍTICA EN MEDELLÍN



EUGENIA ARBOLEDA BALBÍN

TRABAJO DE GRADO PRESENTADO COMO REQUISITO PARA OPTAR AL
GRADO DE MAGÍSTER EN ESTUDIOS POLÍTICOS

TUTOR

EDUARDO RESTREPO

UNIVERSIDAD PONTIFICIA JAVERIANA

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y RELACIONES INTERNACIONALES

MAESTRÍA EN ESTUDIOS POLÍTICOS

BOGOTÁ D.C.

JUNIO 24 DE 2013

SOMOS ANTIOQUEÑOS Y ELEGIMOS A FAJARDO:
REVISIÓN DE LAS RELACIONES ENTRE UN DISCURSO Y LA PARTICIPACIÓN
POLÍTICA EN MEDELLÍN

UNIVERSIDAD PONTIFICIA JAVERIANA
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y RELACIONES INTERNACIONALES
MAESTRÍA EN ESTUDIOS POLÍTICOS
BOGOTÁ D.C.

2013

AGRADECIMIENTOS

A todos mis amores, que saben que lo son...

TABLA DE CONTENIDO

	Página
<u>INTRODUCCIÓN</u>	1
1.1. <u>Capítulo I. La cultura política entre significaciones y prácticas</u>	7
1.1 <u>La política y lo político</u>	7
1.2 <u>Las dimensiones cultura y política, complemento para leer las relaciones de poder</u>	11
1.3 <u>Recorrido por el concepto de cultura política</u>	14
1.4 <u>Algunos Instrumentos de cultura política aplicados en Colombia</u>	18
1.5 <u>Vínculos política y economía en Medellín</u>	21
1.2. <u>Capítulo II. La construcción de un discurso “que en el cuello me pesa”</u>	25
2.1 <u>Los actuales enfoques de las ciencias sociales del tema de la identidad</u>	26
2.1.1 <u>Identidad como construcción</u>	30
2.1.2 <u>La identidad como elemento de la cultura política</u>	33
2.1.3 <u>Las identidades dinámicas</u>	35
2.2 <u>Revisión de la construcción del imaginario identitario de los antioqueños entre la pereza y el trabajo</u>	36
2.2.1 <u>Las paisas, resultado del modelo regional</u>	40
2.2.2 <u>La comodidad de los antioqueños está en su “blancura”</u>	43
2.2.3 <u>La promoción social y económica, la gran apuesta antioqueña</u>	47
2.2.4 <u>Identidades locales, decisiones políticas</u>	49
2.2.5 <u>Construcción de una identidad a cargo de la literatura</u>	51
2.3 <u>Auto caracterización 2013</u>	53
3. <u>Capítulo III. La Medellín que recibió y entrego Fajardo 2004-2007</u>	60
3.1 <u>Revisión de tres factores de antioqueñidad en Sergio Fajardo</u>	61

3.2	<u>Recoge el discurso de crisis por la que atraviesa la ciudad</u>	62
3.3	<u>Fajardo, elite económica medellinense</u>	71
3.4	<u>Gerente de Medellín</u>	75
	<u>CONSIDERACIONES FINALES</u>	86
	<u>BIBLIOGRAFIA</u>	92

INTRODUCCIÓN

Esta investigación parte del momento en que un periodista planteó que en “Medellín a sus gobernantes les va bien, porque así lo quieren sus ciudadanos” (Hora 20, 2008). Con fundamento en esta afirmación se empieza la elaboración y cuestionamiento al respecto. La otra inquietud que reafirma la convicción de estudiar este fenómeno, es la favorabilidad con la que termina su mandato como alcalde Sergio Fajardo, a pesar de los cuestionamientos con relación al proceso de reinserción. Estos dos elementos son el punto de partida para cuestionar qué tanto influye en la participación política de esta población, la construcción del discurso de la antioqueñidad. Pensar el regionalismo y su incidencia en la participación política fue el camino por el cual se decidió trasegar para dar respuesta y explicar la afirmación de este periodista, que de una u otra forma, es una manera de reivindicar este discurso, a la vez que permite identificar cómo el ejercicio político lo incorpora o no, dentro de sus propuestas y gestión.

Pareciera que hay una necesidad por parte de los antioqueños de ser los mejores, de sobresalir, por lo bueno o por lo malo. Así lo deja ver el actual gobernador del departamento, “Aquí en Antioquia no hay nada a medias, tenemos santa, LA Santa y también hemos tenido el más malo [refiriéndose a Pablo Escobar] triste, pero Antioquia es pura energía” (Blu Radio, mayo 29 de 2013). Es fácil identificar en el lenguaje de los antioqueños una constante reivindicación de sobresalir. No en vano, los planes de desarrollo llevan mensajes que hablan de posicionarse como tal, Medellín y Antioquia la más educada; Medellín la más competitiva, Medellín la más innovadora. Hay todo un camino recorrido que pone como reto, seguir siendo líderes y pioneros, como lo fueron los cafeteros, los industriales y ahora, la Medellín de servicios que se organiza como centro de convenciones y grandes eventos. Hoy tenemos en esta ciudad “La más innovadora del mundo”, título que recibe por encima de Nueva York y Tel Aviv. En este sentido, el presente ejercicio de investigación, revisa y se acerca a la construcción de este discurso, pero poniendo la lupa sobre la configuración política.

Los discursos identitarios que exaltan la idea de “La antioqueñidad”, deben ser analizados desde los Estudios Políticos. Su construcción y configuración puede convertirse en un elemento constitutivo de la cultura política de los habitantes de la ciudad. Estos discursos que pasan de generación en generación, se tejen públicamente a través de prácticas políticas y publicaciones a cargo de las élites que se han esmerado en transmitirlos, fomentado la identidad regional que permea las diferentes dimensiones sociales.

Lo planteado en esta tesis, responde a un interés académico que busca encontrar explicaciones al fenómeno de la elección y gestión de Sergio Fajardo, más allá de la descripción y análisis del proceso electoral en el que resultó elegido. Es preciso aclarar que se eligió este personaje por ser el representante con mayor favorabilidad en su gestión al finalizar su mandato, incluso hoy, después de otros dos mandatarios que lo sucedieron en este cargo, sigue manteniéndose muy por encima. Es importante dejar claro que en un primer momento, se consideró que no obedecía a los parámetros de antioqueñidad vistos en otros gobernantes de la región con respecto a su vida personal, académica y profesional.

Teniendo como eje articulador los planteamientos de las ciencias sociales, se propuso dar cuenta de lo importantes que resultan los elementos discursivos propios de la identidad a la hora de consolidar un proyecto político en la ciudad de Medellín. Este estudio hace una aproximación a las interconexiones e influencias de las dimensiones sociales, económicas y políticas que se dan en un período específico 2004- 2007, mediadas éstas, por la antioqueñidad; la cual se concibe como mecanismo interno a cargo de unos sectores específicos para mantener el orden y el control social de la ciudad.

Por excelencia, las ciencias políticas centran su indagación en el ejercicio del poder del Estado y en el intento por influenciar en dicho ejercicio. Reconociendo la importancia de ello, la contribución de esta propuesta, sumada a lo anteriormente planteado, es centrarse en la estructuración del significado social; en este caso, el

discurso identitario como acto político asociado a las formas no institucionales que así mismo, ejercen poder y autoridad política. Es competencia de los Estudios Políticos, entender los significados sociales de las palabras, los sentimientos, las acciones, las subjetividades, los discursos identitarios que median la política como ejercicio. Esta forma de abordar lo político y la política es una manera de examinar de qué modo las estructuras de significado recobran relevancia en el accionar de las poblaciones.

Esta discusión nos permite aproximarnos al estudio de las formas de organización social de la colectividad medellinense. También indagar sobre las particularidades de la forma organizativa del poder en la misma. Es necesario entender las relaciones de poder del Estado como parte de la institucionalidad, pero también lo es, dar cuenta de esas otras formas de vincularse a lo público que queda por fuera del marco institucional, lo político; que se encarga de configurar la sociedad y el ejercicio mismo de la política. Por tanto, esta investigación busca responder a la pregunta sobre la incidencia del discurso de la antioqueñidad de los habitantes de Medellín en la participación política y evaluación de sus gobernantes, durante la alcaldía de Sergio Fajardo Valderrama, 2004-2007.

Las relaciones que existen en Medellín durante un periodo específico, entre ciudadanía y administración pública, permite profundizar en los elementos culturales y políticos que están en juego cuando se eligen y evalúan los gobernantes de la ciudad. Al justificar el por qué se indaga por este problema, se puede hacer eco al planteamiento de la antropóloga Gloria Naranjo y de Jaime Peralta, quienes suponen que “[...] los problemas de cultura política en la ciudad de Medellín no pasan tanto por la ausencia de participación y organización ciudadana como por el mundo de las representaciones colectivas de lo político” (Naranjo y Peralta 2001:3).

En este marco y como objetivo general, esta tesis se acerca a la relación entre los imaginarios identitarios sobre la antioqueñidad y su influencia al momento de

elegir a sus representantes y al evaluarlos como gobernantes de la ciudad de Medellín, en el periodo de mandato de Sergio Fajardo, 2004-2007. Alcanzar este objetivo general se logra en un primer momento estudiando cómo las élites antioqueñas han construido los referentes políticos de los habitantes de la ciudad de Medellín a principios del siglo XX y cuáles de esos elementos mantienen o reivindican este discurso, posteriormente identificando los imaginarios identitarios de conformidad con el discurso del grupo socioeconómico y etario en el que Sergio Fajardo tuvo mayor favorabilidad electoral y como último objetivo específico se identifican los elementos que reivindican la identidad local en el discurso político de Sergio Fajardo, como candidato, y su práctica como alcalde de Medellín.

La metodología de corte cualitativa permitió acercarse a las particularidades del discurso construido sobre la antioqueñidad y su incidencia en la participación electoral y evaluación de los gobernantes. El seguimiento a la construcción del discurso identitario, se hizo en un primer momento, a partir de la revisión de fuentes documentales, descripciones historiográficas, escritos de algunos académicos y literatos que han incidido en la construcción del discurso identitario de la antioqueñidad, para identificar lo reivindicatorio de este discurso en la actualidad; se hizo una caracterización a grupos de antioqueños profesionales entre los 25 y 40 años de edad. Para evidenciar los elementos del discurso de antioqueñidad en Fajardo, se acudió a la revisión de fuentes secundarias: periódico *El Colombiano*, *El Mundo*; publicaciones electrónicas como: *votebien.com*, *Revista Semana*; videos de conferencias y conversatorios en los que éste personaje habla de su propuesta como candidato, como alcalde y posteriores a su gestión. Se realizaron entrevistas con un colaborador directo en su campaña política y un grupo de veinte personas que evaluaron los aciertos y desaciertos como gobernante. Se revisó el plan de Desarrollo 2004-2007 “Medellín, compromiso de toda la ciudadanía”, en los que se encontraron referencia a competitividad y desarrollo de la ciudad, asociados al imaginario de pujanza y espíritu emprendedor.

La tesis aquí presentada, se estructura a partir de tres capítulos y una sección final de consideraciones finales. El primer capítulo, parte de la diferenciación entre la política y lo político, entendiendo la primera, como la institucionalidad y la segunda, como la dimensión de las relaciones de poder en su sentido más amplio. Es allí, en la relación entre estos dos elementos que se generan las particularidades de los contextos políticos. Como una forma de aproximación a la cultura política, se hace una revisión de algunas concepciones teóricas que enmarcan el concepto; las cuales, pueden ser aplicadas para su interpretación en el contexto nacional. Entre otras, se analiza la forma en que la cultura política es entendida a través de herramientas estadísticas que dan cuenta principalmente de la participación política. Finalmente, se presenta una aproximación al contexto de Medellín, mostrando la relación establecida entre los sectores económico y político, y como éstos configuran a través de la política, una cohesión; en este caso específico, “antioqueñidad”.

En el segundo capítulo, se presentan las características de la construcción del discurso que sobre la antioqueñidad han elaborado los habitantes de esta población. Se parte de una revisión histórica de cómo ésta, se ha construido desde los siglos XVIII y XIX, valiéndonos de descripciones historiográficas y se da cuenta de cómo esta construcción se refleja en las dimensiones sociales, económicas y políticas presentes en el actual departamento de Antioquia. En la parte final del capítulo, se hace una caracterización realizada por un grupo de antioqueños profesionales entre los 25 y 40 años de edad. Con esto, se buscó crear una aproximación a los imaginarios que ellos tienen de su grupo poblacional. En este aparte, se hace una reflexión e identificación de patrones descritos a lo largo de la línea argumentativa del texto, para identificar qué patrones se mantienen vigentes en el discurso de la antioqueñidad.

El último capítulo, hace una revisión del contexto de la Medellín a la que llega Sergio Fajardo como alcalde en el periodo 2004-2007. Se hizo una revisión de tres ejes seleccionados para poner en evidencia la incidencia del discurso de la

antioqueñidad, tanto en la campaña como en la gestión de Sergio Fajardo como alcalde. En Medellín, y en general en el departamento de Antioquia, desde los años noventa, se empieza a hablar de una crisis cultural, económica, política y social generada por la violencia del narcotráfico y sus implicaciones. En la primera parte del presente capítulo, se revisa cómo esta crisis es incorporada al discurso de Fajardo. El segundo eje revisado, es su pertenencia a la élite antioqueña y cómo es apoyado por ésta. Finalmente, acudiendo a esa construcción que habla de los antioqueños emprendedores y con espíritu empresarial, se revisa cómo durante el periodo de gobierno de Fajardo como político, la ciudad es manejada más como una empresa.

A este capítulo, se traen las posturas desarrolladas en las secciones anteriores, haciendo una revisión del discurso de Sergio Fajardo y la efectividad que tuvo en su electorado, que se hace por medio de revisión de fuentes secundarias como periódicos, revistas y videos, en los que aparecen apartes de su discurso y las estrategias de su campaña. Posteriormente, se hace una evaluación de la favorabilidad de su imagen y los elementos de los que se valió para convertirse en el mejor alcalde del país en su periodo de gobierno.

El estudio “Somos antioqueños y elegimos a Fajardo: revisión de las relaciones entre un discurso y la participación política”, lleva implícitamente en su título, la relación entre cultura y política, llevada a un campo específico, Medellín. Consciente que este tipo de trabajo requiere una investigación más amplia, que retome mayores técnicas relacionadas con el trabajo de campo, siento que con éste, se presenta un sencillo aporte introductorio a un tema de los Estudios Políticos que se cuestiona por los significados sociales en relación con la política.

CAPÍTULO I. LA CULTURA POLÍTICA ENTRE SIGNIFICACIONES Y PRÁCTICAS

El presente capítulo, parte de la diferenciación entre *la política* y *lo político*, entendiendo la primera, como la institucionalidad y la segunda, como la dimensión de las relaciones de poder en su sentido más amplio. Es allí, en la relación entre estos dos elementos que se generan las particularidades de los contextos políticos. La elección de un representante, la forma en que se da la participación electoral, la evaluación de la gestión, entre otras, son expresiones propias del quehacer de la política, pero no por ello, puede hablarse que se den de manera idéntica. Entenderlas como una parte del entramado que constituye la vida social, es una forma de aproximarse a las particularidades culturales que orientan la actividad política en una sociedad, en un momento específico.

Ahora bien, como una forma de aproximación a la cultura política, se hace una revisión de algunas concepciones teóricas que enmarcan el concepto; las cuales, pueden ser aplicadas para su interpretación en el contexto nacional. Entre otras, herramientas estadísticas que dan cuenta, principalmente, de la participación política, sin trascender a otras dimensiones de lo cultural y de aquellos que no participan.

En la última parte, se presenta una aproximación al contexto de Medellín que da cuenta de la relación establecida entre los sectores económico y político, como estos configuran a través de la política, una cohesión; en este caso específico, se materializa en la construcción de un discurso identitario sobre la “antioqueñidad”.

1.1 La política y lo político

Para el desarrollo de esta distinción, se partirá de lo planteado por Mouffe (1993). Esta autora hace una distinción entre la política y lo político, que podría precisarse

a grandes rasgos de la siguiente manera: mientras la primera se refiere a las prácticas e instituciones que hacen posible el ordenamiento de la sociedad, el segundo se refiere a una dimensión que pone límites o un tipo de contención al comportamiento humano encargado de constituir las sociedades que, en todo caso, siempre será inestable y contingente.

Esta contención se presenta como mecanismo al reconocer la característica de conflictividad propia de lo humano, que al aceptarla y evidenciarla, genera la posibilidad de pensar y actuar políticamente. El límite o contención es pues, constitutivo de lo político. Por eso, entender el carácter conflictivo es el punto de partida para comprender los objetivos de una política democrática, que tiene por objeto, establecer un vínculo común entre las partes, los lleva a reconocerse como oponentes legítimos, como adversarios; entendiendo esta relación en términos de Mouffe, como “agonista”.¹ A partir de esta relación propone que “[...] el objetivo de una política democrática no reside en eliminar pasiones ni en relegarlas a la esfera privada, sino movilizarlas y ponerlas en escena de acuerdo con los dispositivos agonísticos que favorecen el respeto al pluralismo” (Mouffe, 1999: 14).

Con respecto a la regulación impuesta como mecanismo de convivencia, vale apoyarse en lo planteado por Arendt (Hilb, 2000), quien vincula el concepto de política a aquello que emerge cuando los hombres se encuentran para tratar los asuntos comunes a partir de la palabra y la acción. Por medio del discurso, se presenta ante los otros y así se establece y/o acepta un espacio compartido, un lugar común en el que se respeta la pluralidad y puede surgir algo nuevo, manifestación de la libertad humana. En este sentido, a la política se le atribuye su

¹Es necesario considerar que el término *antagonismo* para Mouffe hace alusión a la relación que se tiene con el enemigo y el *agonismo*, al vínculo que se establece con el adversario. El primero, lleva inevitablemente a la lucha o al aniquilamiento del enemigo; mientras el segundo, considera al adversario no como sujeto de destrucción, sino como otro, como un ser humano con el que se puede llegar a un acuerdo con fundamento en la tolerancia.

dimensión de pluralidad y contingencia, ya que en la medida que se da en un espacio público, las decisiones no están determinadas.

A propósito de la distinción entre la política y lo político, Lefort (1998) propone la política como la configuración de instituciones. Aquí podríamos hablar entonces de partidos políticos, movimientos ciudadanos, corporaciones públicas; a los cuales, les atribuye un carácter instituyente. Lo político podría llamarse a la desestructuración que genera lo social para buscar un nuevo orden y a ello, se llega a través de la política como una de las formas de estructuración social.

Esta distinción no pretende dar respuestas cronológicas a la constitución de la sociedad, es más bien, una distinción de características, funciones y racionalidades. En este sentido, lo político posee un carácter sustantivo y una función instituyente; mientras que la política mantiene una lógica instrumental de administración de lo instituido. En esta relación, Lefort plantea que lo que se pierde es lo político en sí mismo, puesto que “lo político se revela, no en lo que llamamos actividad política, sino en el doble movimiento a través del cual aparece y se oscurece el modo de institución de la sociedad” (1998:11). Así, la consolidación de las instituciones es el momento en que aparece la política como forma de organización y unificación social, pero está latente la condición conflictiva y antagónica; por ello, esta relación está enmarcada en una dualidad.

Dada esta forma de organización e institucionalidad, es momento entonces de pensar en estos términos, el Estado como una construcción social, que a partir de Poulantzas (Rodríguez 2009), es una forma de organización que busca por un lado, articular los diferentes niveles de la sociedad, pero por el otro, solucionar los conflictos de las clases dominantes por medio de la cohesión para buscar el equilibrio que garantice el funcionamiento de la sociedad, para que en sus palabras “el capital avance sin tropiezos”. El Estado entonces, es el encargado de una doble función: reprimir para garantizar la reproducción del sistema, pero también, satisfacer las necesidades de quienes gobierna.

Esta dinámica, da cuenta de lo político y la política, a partir de la comprensión de cómo se diferencian y se relacionan las estructuras políticas del Estado, y las prácticas políticas de clase; las cuales, en cada grupo social que este autor denomina Formación Social (FS), están caracterizadas por un desarrollo desigual. De ahí, la importancia que adquiere dentro de este análisis la singularidad, lo no idéntico, lo indistinto, para reconocer el asunto de la política.

Respecto a la práctica política, Poulantzas plantea que esta depende de los diversos niveles sociales, económicos, ideológicos, teóricos, políticos o cualquier otro. En esta interacción, se evidencian todas las relaciones y contradicciones propias de una sociedad, pero a su vez, le permite descifrarse como unidad; con base en esto, es que se puede decidir cómo transformarla. Esta posibilidad de transformación que adquiere un carácter constante, la hace histórica debido a su permanente ruptura con lo establecido: “En cuanto al examen teórico de las estructuras políticas, que es lo dinámico del asunto, es donde entra específicamente el Estado y su poder institucionalizado. De ahí, que la práctica política en su especificidad estratégica, lo sea por las estructuras del Estado”. (Rodríguez, 2009:46).

En este sentido, el Estado es el encargado de organizar, en la medida que cohesiona la formación social; el encargado como sistema, de regular y proporcionar un equilibrio entre todas las partes. Pero en esta labor, el Estado tiene una doble posibilidad a través de sus prácticas políticas, conserva la unidad o produce transformaciones. El objetivo es, volviendo a Poulantzas:

“Descifra[r] el asunto política-historia en cuanto esta relación estructura lo político como nivel específico de una FS y como lugar de sus transformaciones; y la lucha política como el motor de la historia que tiene por objetivo el Estado, lugar de condensación de las

contradicciones de instancias separadas con temporalidades propias”
(Rodríguez, 2009: 47).

En la medida que se habla de singularidades como característica de la política y a su vez, como garante de lo político, debe considerarse que la democracia como régimen político, cuya soberanía reside en el pueblo y es ejercida por éste de manera directa o indirecta, no obedece a un proceso de construcción homogéneo. De ahí, que se recurra a la exploración de los vínculos entre cultura y política, porque el Estado, al igual que todas las instituciones, es una construcción social que se vale de prácticas para, como se enuncio anteriormente, mantener o cambiar el sistema. Es claro así, que en un sistema democrático es necesario contar con el “pueblo”, y por ende, con sus subjetividades. Es una relación de mutua dependencia y mutua determinación que merece ser vista a la luz de la cultura política.

1.2 Las dimensiones cultura y política, complemento para leer las relaciones de poder

En cuanto al concepto de cultura política, hay dos tipos de posturas que son revisadas en esta aproximación desde la antropología. La primera, define la cultura política como el patrón de actitudes y de orientación con respecto a la política de los miembros de un sistema político. Es el aspecto subjetivo que subyace en la acción política y le otorga significados. Tales orientaciones individuales, incluyen diversos componentes (Almond y Powell, 1972) como orientaciones cognitivas, conocimiento precisos -o no- de los objetivos políticos y de las creencias; orientaciones afectivas, sentimientos de apego, compromisos, rechazos y otros similares, respecto de los objetos políticos y orientaciones evaluativas, juicios y opiniones sobre los aspectos políticos que, generalmente están dotados de una formación que permite tener criterios para evaluar los acontecimientos políticos. Así, la cultura política estaría relacionada con los

conocimientos, valores, creencias, sentimientos, predisposiciones y actitudes de los individuos ante la política y los asuntos relacionados con ésta.

Por otro lado, está la aproximación desde la antropología propuesta por Francisco Cruces y Ángel Díaz de Rada que proponen la cultura política como “la existencia de sentidos prácticos inmediatos de la organización de la convivencia que resultan básicos en la definición de un ‘nosotros’ colectivo, sugiriendo que las soluciones locales al problema de la identidad y al de la participación, constituyen formas genuinas de cultura política” (1995: 15). Es preciso considerar que esas formas locales de cultura política no necesariamente coinciden con las propuestas o soluciones institucionales, aunque traten de ser acogidas para, volviendo a lo tratado en el aparte anterior, generar conciliaciones y equilibrios propios del ejercicio de la política.

En este sentido, es necesario considerar que la cultura involucra un proceso colectivo e incesante de producción de significados que moldea la experiencia social y configura las relaciones sociales (Escobar, Álvarez y Dagnino, 2001:19). Entender la cultura en su carácter dinámico, contribuye a visibilizar prácticas sociales y políticas que darán cuenta de las relaciones de poder en cada localidad, que van más allá, la configuración de las instituciones políticas.

La realidad política desde la corriente dominante de las ciencias políticas, están asociadas con la ciudadanía, las elecciones, las formas de representación política y las tendencias ideológicas. Las posturas van desde la presunción de que los análisis políticos de quienes participan, giran o deberían hacerlo en torno al cumplimiento e implementación de prácticas de “Buen Gobierno”. Por excelencia, las ciencias políticas centran su indagación en el ejercicio del poder del Estado y en el intento por influenciar en dicho ejercicio. “Los enfoques empiristas privilegian una racionalidad instrumental, con miras a su aplicabilidad práctica para controlar el mundo social” (Orjuela, 2003:115). Pero este análisis, también debe ser asociado a las formas no institucionales que también ejercen poder y autoridad

política; retomando nuevamente a Orjuela, éste plantea que los fenómenos sociales de diversificación de las identidades de los actores y las nuevas concepciones y teorías de la vida política, se encuentran en un ámbito distinto de lo observable, de los sondeos de opinión y de lo cuantificable. En consecuencia, el lenguaje, las motivaciones, los símbolos e imágenes del mundo; las adscripciones ideológicas o las visiones omnicomprensivas del mundo, dan significado a la acción política.

Como lo plantea Mouffe (1993), existe una innegable dimensión afectiva en lo político, cuestión que para ella exige dos cosas a la democracia: primero, ofrecer a la sociedad civil, canales políticos para la movilización de los afectos, las pasiones y los deseos; segundo, construir las distinciones nosotros/ellos, en función a criterios políticos y no a definiciones esencialistas y/o morales. De ahí, que la política deba ser entendida a partir del rol de las identidades colectivas con relación a sus formas de poder, las cuales, no son sino que se construyen o están en ese proceso permanente de creación, de modo que la dificultad de inventariarlas como permanentes o estáticas. Sin embargo, vale la pena analizar el por qué los relatos colectivos de pertenencia o identitarios, como el aquí estudiado, se politizan.

Es por ello, que Stuart Hall vuelve a proponer la política como centro de los estudios culturales, no solo porque su formulación provee un medio para mantener en tensión asuntos teóricos y políticos, sino también porque hace un llamado a los teóricos –especialmente a aquellos que tienden a quedarse en el nivel del texto y la política de representación– para que se comprometan con ese “algo desagradable allá abajo” como asunto propio tanto de la teoría como de la política. (Hall, 1992: 278 en Escobar, *et al.*, 2001:19).

1.3 Recorrido por el concepto de cultura política

Los sociólogos anglosajones fueron los primeros en utilizar el concepto de cultura política, esgrimido en ese momento para analizar la relación entre el sistema social y el político. Estas primeras aproximaciones fueron influidas por la escuela de “cultura y personalidad”.

Gabriel Almond, es reconocido como pionero en el desarrollo teórico de este concepto. En la década del cincuenta, propuso que los sistemas políticos podían ser estudiados con base en un enfoque que investigara las manifestaciones culturales de una sociedad y su relación con la existencia de ciertos regímenes políticos. En 1963, en compañía de Verba, analizan las orientaciones políticas con respecto al sistema político, basándose en elementos cognoscitivos, evaluativos y afectivos. A partir de este estudio, la cultura política pareciera que responde más a una convicción evolutiva, pues estos autores hablan de una especie de estadios o momentos. Plantean dos tipos de organización: la primera, propia de sociedades poco diferenciadas en las que las funciones políticas están dadas en términos de subordinación pasiva y asociada a la existencia de regímenes autoritarios; la segunda, una sociedad de participación que favorece la existencia de regímenes democráticos, debido a los deseos de los individuos por ejercer sus derechos y obligaciones.

La dicotomía planteada desde la sociología en las décadas de los cincuenta y los sesenta, entre sociedad tradicional y moderna, y de las condiciones de transición de la primera a la segunda, encuentra eco en Almond y Verba, pues consideran, desde la cultura política, que existe una estrecha relación entre cambio cultural y transformación social, aseguran que la modernización de la sociedad causa una transformación cultural que, a su vez, propicia el cambio hacia una sociedad democrática y en esa medida, alcanza su carácter moderno (Almond y Verba, 1963).

Más adelante, hay un cambio de posición por parte de Almond, aunque continúa poniendo énfasis en los aspectos normativos, que son los que integran la cultura, menos mecánica que las concepciones iniciales. En cuanto a las relaciones entre sistema político y contexto cultural, sostiene que:

“Las relaciones entre estructura política y culturas es interactiva: no pueden explicarse las propensiones culturales sin hacer referencia a la experiencia histórica, las limitaciones y oportunidades estructurales contemporáneas y ello, por su lado, establece un conjunto de patrones actitudinales que tienden a persistir en alguna forma y grado y por un significativo periodo de tiempo, a pesar de los esfuerzos por transformarlos” (1983:127).

Estas posturas que se mantuvieron hasta bien entrados los años ochenta, no consideraron los procesos interactivos y comunicativos propios de las sociedades contemporáneas, y persiste en ella la premisa de que la cultura significa un inconveniente para las transformaciones sociopolíticas.

Las nuevas apuestas teóricas sobre cultura política, incluyen componentes del orden simbólico en el análisis de lo político, y consideran “los efectos de la acción social (en la cual dicho orden simbólico juega un importante papel) sobre las estructuras de poder” (Nivón, 1990:39). Lo importante ahora, es dar cuenta mediante una aproximación a la comprensión de los procesos que dan lugar a las transformaciones en las relaciones e instituciones políticas. En consecuencia, el énfasis se ha dirigido a la explicación de las premisas y las causas de la acción e interacción política de diversos grupos sociales, así como de los efectos de éstas sobre su entorno, que a su vez, lo reconfiguran.

Tratando de recoger todos estos elementos, se recurre a la definición de cultura política propuesta por Roberto Gutiérrez que la precisa como “Un conjunto de interpretaciones heterogéneas y a veces contradictorias y desarticuladas de valores, conocimientos, opiniones, creencias y expectativas que integran la identidad política de los ciudadanos, grupos sociales u organizaciones políticas” (1996: 43). Esta definición, hace especial énfasis en la multiplicidad de lecturas que pueden hacerse de los comportamientos políticos, debido a la complejidad de factores, tanto individuales como colectivos que entran en juego cuando se habla de las relaciones de poder.

Complementariamente, con respecto a la cultura política, queda claro que es necesario ir más allá de la clásica definición de Almond y Verba, incluyendo y dando relevancia a lo que ellos consideraron un impedimento, la concepción de cultura, que debe entrar a dar cuenta de manera integral de los fenómenos sociales. Se recurre entonces a Clifford Geertz, quien afirma que el concepto de cultura es esencialmente un concepto semiótico. Creyendo con Max Weber que el hombre es un animal inserto en tramas de significaciones que él mismo ha tejido, considero que la cultura es esa urdimbre y que el análisis de la cultura ha de ser, por tanto, no una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones (1987: 20).

Pero no basta con la consideración de entender los signos y los símbolos que afectan las estructuras de poder, porque el grueso de la explicación está en acercarse y entender el porqué en una población, hay unos signos y símbolos que se imponen y otros no; porqué algunas prácticas son destacadas y otras no lo son; porqué algunas tradiciones, costumbres, usos y valores son acogidos mayoritariamente, mientras otros apenas existen. Esto ayudaría a explicar el porqué en las encuestas, los medellinenses legitiman y reconocen su gobierno como eficiente y a sus gobernantes como los mejores y, al mismo tiempo, lamentan problemas de inseguridad y violencia que sigue poniendo a Medellín en

lo más alto de la tabla en índices de criminalidad en el ámbito nacional; con una de las tasas más altas de inequidad en el país², y con índices de empleo que muestran que el 60% de las personas que trabajan, lo hacen de manera informal.

El gran problema al que nos enfrentamos, cuando se intenta realizar una aproximación a la cultura política de una población, radica en que la vivencia cotidiana y, en este caso, la acción política, moldean de una u otra forma los hábitos, modos de vida, percepciones y ejercicios, y en consecuencia, parecen modificar continuamente sus características. Esta fluctuación hace resbaladiza la caracterización de la cultura política; de ahí que se retome a Krotz, quien la define como: “El universo simbólico asociado al ejercicio y las estructuras de poder o mejor, los universos simbólicos asociados a los ejercicios y estructuras de poder” (1985:121). No hay creencias uniformes y una misma cosa o situación, puede ser apreciada desde diferentes puntos de vista; la afectación a partir de una u otra medida, puede ser valorada desde muchos intereses. Pese a esto, prevalece una organización de significados en interacción.

Volviendo a las consideraciones enunciadas en la primera parte de este capítulo, con respecto al ejercicio de la política por medio de la institucionalidad, cabe resaltar que la configuración de poder delimita el cuándo, el cómo y por qué se permite o no, llegar a lograr lo que como colectivo se requiere. Cuando hablamos de cultura política, debe considerarse también que ésta se mueve entre lo que existe y lo que se quiere lograr como colectivo. En esta línea, se desarrollará el

² El programa Medellín Cómo Vamos señala que de los 2 millones 368 mil habitantes que tiene la ciudad, 213 mil personas [...], es decir el 9% viven en condiciones de pobreza extrema. Otros 468 mil (el 22%) viven en situación de pobreza.

De acuerdo con la Misión para el Empalme de las Series de Empleo, Pobreza y Desigualdad (Mesep), la capital antioqueña es la que registra la mayor desigualdad del país. El coeficiente GINI, que mide la diferencia de ingresos entre ricos y pobres, es de 0,53 donde uno corresponde a que solo una persona tiene todos los ingresos y el resto ninguno.

Una investigación realizada en 2009 por la Corporación Región y la Escuela Nacional Sindical (ENS) señaló que 368 mil personas de la ciudad estaban en condiciones de indigencia y más de 1,3 millones por debajo de la línea de pobreza. Disponible:

http://www.elcolombiano.com/BancoConocimiento/M/medellin_y_antioquia_tierras_de_desigualdad/medellin_y_antioquia_tierras_de_desigualdad.asp. Publicado el 11 de mayo de 2012.

tercer capítulo que analiza el periodo específico de Sergio Fajardo como alcalde de Medellín, en el que se podrá dar cuenta de esta relación.

1.4 Algunos instrumentos de cultura política aplicados en Colombia

Después de estas consideraciones de tipo teórico, y presentando como es entendida la cultura política como objeto de análisis de las relaciones de poder, se explora cuáles de estos elementos son tenidos en cuenta en el país para la comprensión de ésta. Las instituciones del Estado desde hace unos años vienen midiendo la cultura política de la nación a partir de instrumentos de orden cuantitativo como la encuesta. Sin desconocer que hay otras propuestas en este sentido por parte de organizaciones privadas y ONG. En este aparte, nos centraremos en el análisis de las propuestas hechas por las entidades del Estado y la concepción de sus funcionarios, debido a que el análisis va dirigido a estudiar cómo estos discursos se politizan y se utilizan por parte de la institucionalidad.

En el texto “Cultura política, participación y democracia en Colombia”, Gallego (sf.) se hace alusión a la cultura política en el país. Entre otras cosas, señala que ésta se usa para designar el conjunto de actitudes, normas y creencias compartidas ampliamente por los miembros de una determinada unidad social y que tienen como objeto, los fenómenos políticos que se manifiestan en creencias, concepciones, evaluaciones y valoraciones que se hacen en relación con el sistema político. También plantea que los paradigmas cambian al cambiar la configuración, y que debe ser entendido en cada momento histórico; por ello, se deben ver los matices que hoy se pueden identificar “Con visos idiosincráticos”. Y es aquí, cuando empieza a plantear que la práctica se expresa en las formas de resolver los conflictos, en la formas de liderazgos apreciados y aceptados, sean líderes demócratas, populistas, caudillos mesiánicos o dictadores autócratas.

Considera que la cultura política se hace visible al observar las formas de autoridad con que se ejerce el poder, el clientelismo que se da o no en el manejo de la política, el respeto con que se acata la ley o la ilegalidad con la que se burla la norma, que algunos consideran, erradamente, astucia. También se expresa en la forma en que se asumen o eluden las responsabilidades cívicas, en el uso de la libertad, en la participación o apatía para el análisis de los asuntos públicos o para la toma de decisiones (Gallego, sf).

Hasta aquí, todo parece concordar con la revisión y las propuestas arriba desarrolladas, incluyendo elementos integrales que permitirían hablar de esas redes e interacciones de poder que se construyen con fundamento en lo político y se regulan a través de la política. No obstante, cuando se revisan cuáles son las herramientas desarrolladas en Colombia, nos encontramos con la encuesta de Cultura Política de Colombia, hecha por el Departamento Nacional de Estadística (DANE). Ésta busca generar información estadística estratégica que permita caracterizar aspectos de la cultura política colombiana, basados en las percepciones y prácticas que sobre el entorno político tienen las personas mayores de 18 años.

Las principales variables que incluye la encuesta son: participación de la población en grupos u organizaciones, conocimiento y uso de mecanismos y espacios de participación ciudadana, aspectos y características que asocian las personas con la democracia; las percepciones y valoraciones que tiene la población sobre el sistema democrático y los conceptos que relacionan con la rendición de cuentas. (DANE: 2011).

En esta misma línea, cabe anotar que en el estudio propuesto por el *Barómetro de las Américas, Colombia* (2011) que muestran la “evolución” de valores centrales de la cultura política democrática, entre los que destacan el apoyo a la democracia como sistema de gobierno, la satisfacción con la democracia y el apoyo al

sistema; además, califican como valores y actitudes, las cuales miden con preguntas como “¿Hasta qué punto se siente usted orgulloso(a) de vivir bajo el sistema político colombiano?”

Este tipo de estudios, se queda en el mero análisis participativo, fundamentado en cifras que dan cuenta de pertenencia o inscripción a partidos políticos, votaciones y vinculaciones de tipo institucional, sin ahondar en temas como qué pasa con las personas que no votan, que no van a reuniones, que no saben que es un sistema político, ¿pierden acaso su condición de seres políticos? Hacer un estudio de estos segmentos también es hablar de cultura política, dar cuenta de porqué cerca del cincuenta por ciento de los colombianos son abstencionistas. Este tipo de análisis, más que hablar de cultura política, lo hacen de participación política institucional. Estos instrumentos sirven, como lo señala López (2000) en el caso específico de conflicto, para que algunos analistas conozcan los imaginarios y las mentalidades de múltiples actores, para estimular transformaciones en las actitudes y valores de estos actores con respecto al tema.

Estamos inmersos en una realidad más compleja, con una configuración política que tiene otras variables como la corrupción, relación de los políticos con grupos al margen de la ley, configuración interna de los partidos políticos con relación a los avales; ciudadanos que hacen parte de esta dinámica, en la medida que siguen reproduciendo y permitiendo estas prácticas, buscando obtener recursos a cambio de votos, tal cual lo señala el exmagistrado del Consejo Nacional Electoral Guillermo Francisco Reyes (2011), hay una serie de discursos que cohesionan los grupos sociales bajo intereses específicos, cada uno con sus particularidades y con diferentes niveles de aceptación y efectividad. Todo esto, enmarca lo político a través de unas relaciones de poder, de las cuales hay que dar cuenta.

1.5 Vínculos política y economía en Medellín

Luis Miguel Úsuga, secretario de cultura de Medellín en la administración de Alonso Salazar, considera que la cultura política en Medellín “corresponde en buena parte al imaginario colectivo. Una buena parte de los ciudadanos y ciudadanas de Medellín entienden la Política como una acción importante de transformación” (2011: 2). Esta afirmación guarda implícitamente la relación de subjetividad de los actores y la concepción práctica del ejercicio de la política.

Cuando hablamos de cultura política, estamos teniendo en cuenta la construcción de las relaciones e identificamos esas tramas de poder que se van configurando por ello; en este aparte, se hace una revisión de las particularidades de Medellín, en cuanto a las particularidades de su organización política. Esta propuesta hace un especial énfasis en destacar las alianzas o el fácil traslado que se da entre el sector público y privado, como una característica de la cultura política de la ciudad. En Medellín, la cultura política está configurada por este tipo de vínculos o acuerdos implícitos a los que llegan las élites políticas y económicas, y se parte de la consideración que sobre las élites, propone Bobbio, “[...] en toda sociedad el poder político, o sea, el poder de tomar y de imponer, aun recurriendo en última instancia a la fuerza, decisiones valederas para todos los miembros del grupo, le pertenece siempre a un círculo restringido de personas” (1987: 526).

Como lo señala Restrepo (2011:87), estos frecuentes movimientos de empresarios hacia el sector público, al igual que la existencia de lazos entre éstos y los partidos políticos, tanto en Antioquia como en el ámbito nacional, fueron los elementos encargados de conferir legitimidad a las élites patronales antioqueñas de manera más visible que a las élites de otras regiones del país, en las que su injerencia en lo público, no fue tan alta. Esta particularidad será considerada con mayor profundidad en el siguiente capítulo.

A menudo [...] la frontera o línea de demarcación entre lo público y lo privado, es sinuosa y ambigua. El Concejo de Medellín, la administración municipal y la Sociedad de Mejoras Publicas, se interrelacionaron de forma tal, que sus funciones se yuxtaponían, se confundían e incluso, a veces, asumían formas que parecen oscurecer por completo la distinción entre público y privado” (Botero, 1996:62).

Esta interrelación buscaba generar mecanismos de regulación y conservación de una estructura configurada por unas relaciones que permitieran la cohesión de una sociedad a través del mantenimiento de un discurso que aún hoy, resulta eficiente. Por ello, la presencia de empresarios que ejercen el poder político regional. Como lo señala Restrepo (2011), esta relación se evidencia al estudiar la composición del Concejo de Medellín, los gobernadores de Antioquia y los alcaldes de Medellín. Esta vinculación de empresarios a los altos cargos públicos, muestra una fuerte cohesión de la élite dirigente que, de una u otra forma, la preservaba y reforzaba. Hasta finales de los años setenta, los directorios departamentales de los partidos Liberal y Conservador, estuvieron integrados en su mayoría por personas estrechamente relacionadas con las élites patronales y unos pocos individuos de otros orígenes sociales.

Después de 1960 aparece una clase de políticos profesionalizados en el ejercicio que provocó una disminución de la participación de las élites patronales en el ejercicio electoral. Esta nueva clase política, casi todos de origen rural, municipal y que no pertenecían a familias de la élite, se preocuparon menos de los problemas empresariales y asumieron la defensa de intereses populares.³Este fenómeno está

³Las élites patronales ocuparon hasta 1966 un número estable de curules, más del cincuenta por ciento y a partir de 1970, en menos de 10 años, su participación se redujo casi hasta desaparecer, llegando en 2002 solamente a un senador entre 13. El mismo fenómeno se da en la Cámara de Representantes, para 1970 los representantes de las élites patronales llegaron a un promedio de 38%, en 1990 desaparecen totalmente, esto corrobora la afirmación sobre el peso real de los políticos profesionales en el voto local. (Restrepo, 2011)

enmarcado en la crisis de los partidos y de las ideologías políticas partidarias que se da en los noventa que es una de las expresiones de un fenómeno más amplio: la pérdida de centralidad de la política en la vida social (López 2000). Pese a ese quiebre y el reconocimiento de nuevas identidades en los diferentes países y la participación política de éstos, darles cabida a los nuevos políticos profesionales no quiso decir que las élites en Medellín no siguieran mostrando su presencia en el campo político.

Aunque en marzo de 1988 los colombianos eligen por primera vez de manera popular a los alcaldes⁴, esta relación se mantiene. Tres años más tarde, en el marco de la Constitución de 1991, se fija la elección de los gobernadores. El 13 de marzo de 1988, Juan Gómez Martínez fue elegido alcalde de Medellín por los ciudadanos.

“Recibo una ciudad con el orden público alterado, producto del narcotráfico; con las obras del metro paralizadas y con un gobierno nacional en cabeza de Virgilio Barco, de espaldas al sentir de la ciudad. El centralismo era fuerte porque aún no se había aprobado la Constitución. Y teníamos un Gobierno Nacional que no estaba de acuerdo con mi alcaldía, por razones políticas. Al régimen centralista no le interesaba que Medellín progresara”. Con respecto a su mandato, considera que ha sido muy benéfica para ciudades como Medellín. Si

⁴De los alcaldes que se han elegido por voto popular, el 33% nacieron en Medellín, los otros son de diferentes municipios de Antioquia y uno de Caldas, siendo el único alcalde que no es antioqueño – Alonso Salazar-. El cincuenta y cinco por ciento de ellos se formó en universidades privadas de la ciudad, el 33% en universidades públicas y el once por ciento, que equivale a una persona, estudió en otra universidad del país: Sergio Fajardo. El 55% ha sido electo con el aval del Partido Conservador, el 22% al Partido Liberal y el 22% al movimiento Compromiso Ciudadano. El 77% de los alcaldes en su trayectoria han estado vinculados con el sector político, bien sea en el ámbito local o nacional, siendo concejales de los respectivos municipios, secretarios de gobierno, representantes a la cámara, senadores o ministros; excepto los alcaldes electos por el Movimiento Compromiso Ciudadano, vinculados con el sector académico.

hubiera seguido dependiendo del gobierno central y del presidente de turno, no sería la ciudad que hoy es.⁵

Aunque Restrepo señala en su texto que hasta 2004, los gobernantes estuvieron claramente ligados con las élites patronales locales, bien sea por nexos de familia o bien por vinculaciones y dependencia laboral, esta relación en 2013 aún es evidente. Sergio Fajardo es hijo de un reconocido constructor de la ciudad, sector favorecido en su mandato, la inversión en infraestructura durante su periodo fue evidente; Alonso Salazar llega a este cargo con el apoyo total de su antecesor y de la familia Uribe Vélez; Aníbal Gaviria, es un político de tradición y propietario de uno de los periódicos más importantes de la ciudad, *El Mundo*. La inmensa mayoría obedece a quien ve como el respaldo de su bienestar. El empresario-político antioqueño, concebido como prohombre con dones paternalistas y trabajador incansable, encuentra en estas concepciones, colectivamente aceptadas, la legitimación de su poder.

Hasta 2004 el “65% de los 34 gobernadores que se sucedieron en ese lapso como titulares y el 72% de los 40 alcaldes de Medellín que actuaron en propiedad, pertenecían a las élites patronales. “Los vínculos tan estrechos y eficientes entre el mundo de la empresa y la dirección superior de la administración pública, favorecieron la alternación de ciertas fracciones en la dirigencia regional” (Restrepo, 2011:92).

⁵ http://www.elcolombiano.com/BancoConocimiento/D/desde_hace_20_anos_los_alcaldes_salen_de_las_urnas_1/desde_hace_20_anos_los_alcaldes_salen_de_las_urnas_1.asp Tomado el 19 de febrero de 2013.

CAPITULO II. LA CONSTRUCCIÓN DE UN DISCURSO “QUE EN EL CUELLO ME PESA”⁶

“[...] somos coautores de estas narraciones de identidad; hemos estado inmersos desde siempre en la historia de nuestro pasado narrado y en múltiples contextos de nuestras construcciones narrativas. Mediante las narraciones de sí mismo dotamos al mundo de sentido y a nuestra propia experiencia... somos una autobiografía que escribimos y reescribimos en forma constante al participar de las prácticas sociales que describimos en nuestras cambiantes narraciones y relatos”

(Goolishian, 1994: 207)

El título de este capítulo contiene un aparte del himno antioqueño, la idea es hacer una alusión a lo simbólico dentro de la construcción del discurso identitario sobre la antioqueñidad, que se viene construyendo desde principios del siglo XVIII y que todos los antioqueños estamos tocados de una u otra forma por éste, metafóricamente es algo que cargamos. Son los referentes de una sociedad, son las cargas simbólicas, son como dice el himno, el hierro [la antioqueñidad] que cargamos en las manos, porque en el cuello nos pesa, a unos más que a otros.

En la primera parte de este capítulo se presentan las características de la construcción del discurso que sobre la antioqueñidad, han elaborado los habitantes de esta población. Inicialmente, se hace una revisión de la literatura de los actuales enfoques de las ciencias sociales sobre la construcción de la identidad como fenómeno.

⁶Aparte del himno antioqueño: “...llevo el hierro entre las manos, porque en el cuello me pesa”.

Esta revisión empieza definiendo de qué hablamos cuando nos referimos a los discursos sobre la antioqueñidad, partiendo de una revisión histórica de cómo ésta se ha construido desde los siglos XVIII y XIX, valiéndonos de descripciones historiográficas, escritos de algunos académicos y literatos, que sin lugar a dudas, han incidido en el imaginario colectivo de lo que en la actualidad es la antioqueñidad. Ahora bien, esta construcción se refleja en las dimensiones sociales, económicas y políticas presentes en el actual departamento de Antioquia; si bien, todas estas dimensiones están tocadas por este discurso, es preciso en términos de delimitación investigativa, buscar la forma de acceder a ellos. Para el caso específico, se hará una aproximación al sujeto que participa en política, que vota, que evalúa las administraciones públicas de su ciudad. Lo que se busca, es rastrear como esta carga histórica influye en el accionar político.

En la parte final del capítulo, se hace una caracterización realizada por un grupo de antioqueños, profesionales entre los 25 y 40 años de edad. Con esto se busca crear una aproximación a los imaginarios que ellos tienen de su grupo poblacional. En este aparte, se hace una reflexión e identificación de patrones descritos a lo largo de la línea argumentativa del texto para identificar qué patrones se mantienen vigentes en el discurso de la antioqueñidad.

2.1 Los actuales enfoques de las ciencias sociales del tema de la identidad

Para las ciencias sociales, el concepto de identidad se ha considerado problematizador, pues sus implicaciones varían drásticamente dependiendo de la disciplina que lo aborde. Para algunas, es un asunto de construcción colectiva; mientras otras, consideran que es el sujeto individualmente quien la construye.

Disciplinas como la antropología y la sociología, lo consideran como una construcción colectiva; mientras que corrientes psicológicas, principalmente algunas

del psicoanálisis, consideran que la identidad es aquello que hace pasar la singularidad de las diferentes maneras de existir por un solo y mismo cuadro de referencia identificable (Guattari, 2006:86). Es entonces, la identidad concebida como un proceso individual o referente a los rasgos de personalidad.

Es por ello, que no podemos hablar de unanimidad en las ciencias sociales con respecto a este concepto. Sin embargo, para efectos de darle un marco a esta investigación, es necesario tomar postura al respecto, ya que constituye un referente teórico útil para reflexionar sobre el tema de la antioqueñidad, como una construcción que no es estática y única, que se va construyendo y modificando de manera simultánea gracias a la interacción con otros sujetos en diferentes ámbitos en la vida cotidiana. Para el caso de este estudio, se asumirá la identidad, entonces, como una construcción colectiva, acercándose a los postulados de la antropología y de la ciencia política.

Para abordar el concepto de identidad, se seguirá el propuesto por Echeverry (2000), quien sugiere entenderlo a partir de cuatro ejes, cada uno de ellos, compuestos por una diada.⁷

La primera diada propone es la de *igualdad-diferencia*. El concepto de identidad nos remite a la idea de igualdad, cuando se comparten cualidades que son intercambiables, pero la igualdad nos remite a la diferencia. Así, cuando se establece una identidad o identificación, se produce una separación o diferenciación que sirve para clasificar a los objetos dentro del entorno. La similitud y la diferencia se constituyen en las principales dinámicas de la identidad y la identificación. La identidad es nuestra comprensión de quiénes somos y quiénes son los otros. Por su parte, la identificación es la distinción de las características que nos hace sentir que pertenecemos a una población.

⁷Si bien es Echeverry quien lo presenta en su tesis doctoral, es importante hacer claridad que los retoma de la propuesta de Labrador Fernández (2001:49-61)

La segunda está relacionada con *esencial-dinámico*. La discusión se centra en si la identidad es invariable o no. La identidad no es fija y biológicamente determinada, pudiendo asumir el sujeto diferentes identificaciones en diferentes tiempos. Algunas posturas teóricas postmodernas hablan en esta diada, de dislocación, descentración e incapacidad de unidad del sujeto y de los colectivos.

La tercera propuesta habla de lo *externo-interno*. La identidad nunca se construye ni se define de forma unilateral o bien, por el organismo o bien, por el medio; siempre está presente una dialéctica entre lo interno y lo externo. La identidad resulta pues, de las complejas relaciones que mantienen las definiciones exteriores de sí, y las percepciones interiores' (Labrador Fernández 2001:53).

Siguiendo a Coté (1996) el autor define tres niveles para este proceso: a) Nivel intrasubjetivo: donde el ser humano es un agente activo en el proceso de construcción y reconstrucción de su concepto de sí mismo, desde una perspectiva temporal. b) Nivel intersubjetivo: donde la toma de conciencia del sí mismo se produce fundamentalmente ante un encuentro con otro que interpela, ante una crisis o ante un conflicto. Es mediante la interacción social que los individuos se definen y redefinen en cualquier momento. La frontera entre lo interno y lo externo creada en los encuentros con los demás, es el territorio donde se definen y negocian las identidades. Se destacan los planteamientos de Goffman (1994), quien distingue entre la imagen pública y la imagen del sí mismo. c) Nivel sociocultural: sobre los planos intersubjetivos e intrasubjetivos siempre están incidiendo órdenes socioculturales más abarcadores que configuran lo que Berger y Luckmann (1986) llamaron el universo simbólico de una comunidad, los puntos de vista compartidos. Así, el participar con otros del mismo sentido de las cosas, significa pertenecer a una comunidad, con el fin de proporcionarse una protección social.

Por último, la diada *personal–social*. Considera que la articulación entre la identidad personal y la identidad social es posiblemente el lugar más polémico y de más desencuentros dentro del espectro teórico identitario. Es usual la insistencia sobre la existencia de una identidad personal que otorga un sello único e irreplicable al individuo, y una identidad social que contextualiza a las personas y colectivos dentro del entorno social. Sin embargo, si nos basamos en los planteamientos del interaccionismo simbólico y el constructivismo social, todas las identidades son sociales, tanto la personal o individual como la social. Se fusionan en los procesos que las producen y cambian, son intrínsecamente sociales (Labrador Fernández, 2001).

Sumado a los anteriores referentes teóricos, es importante considerar otras categorías que amplían la concepción para entender la identidad de manera más amplia. En este caso, se retoma las categorías desarrolladas por Lourdes Vargas y Carlos Pérez (2009), considerándolas pertinentes y en estrecha relación con las características que se pueden reconocer en la población antioqueña:

Constructo social. No es una esencia “nacional” heredada, sino que se construye a partir de su fuerte sentido de territorialización, su lealtad a una tradición basada en un pasado ancestral, donde es de gran importancia la religión, ciertas creencias y valores que reconocen como propios, y en este caso específico, el sentido de pertenencia, se refuerza por el acento (Bartolomé, 2004).

Dinamismo. La identidad no es estática, cambia continuamente; se construye y actualiza constantemente, sin embargo, no podría hablarse de cambios radicales que se provoquen una pérdida como tal de ese sentido de pertenencia (Pérez, 2005).

Lazo social afectivo. En estas construcciones identitarias son fundamentales los lazos sociales que se tejen a partir de la afectividad, el encuentro entre personas

afines, favorece el reencuentro con valores y símbolos que se comparten. De este modo, la lengua, historia, religión, indumentaria, alimentos, modismos del habla regional, se manifiestan como vínculos entre individuos que los reúnen en colectividades a partir de sus contenidos emotivos, que se traducen en lealtad y pertenencia (Bartolomé, 2004).

Autorreconocimiento. Quienes comparten una identidad étnica, se *autorreconocen* como parte de un grupo determinado, por lo que con frecuencia, marcan fronteras con quienes consideran que no lo son.

Reconocimiento por parte de los otros. Aunque es importante el autorreconocimiento, también importa el que “los otros” los reconozcan como diferentes, ya que el reconocimiento de los otros implica la ratificación de sus particularidades.

2.1.1 La identidad como construcción

Cuando hablamos de comportamientos o de concepciones del mundo, nos estamos refiriendo a construcciones colectivas que se fortalecen y modifican a través del tiempo. La identificación de un constante discurso identitario que exalta la idea de “raza antioqueña” o “raza paisa” que supuestamente caracteriza a los habitantes de una región del país, nos plantea entonces que las identidades se construyen bajo formas narrativas, y que por lo tanto, ese proceso pertenece al campo de la construcción y configuración de los imaginarios, “imaginarios en acción” como los llama Herlinghaus (2002).

Las formas narrativas por medio de las cuales se construyen discursos que pasan de generación en generación, se han tejido públicamente a través del discurso político y de las publicaciones a cargo, en la mayoría de los casos, de las élites

que se han esmerado en enseñarnos un discurso que fomenta la identidad regional. La narración puede considerarse como una herramienta ideológica que puede ayudar incluso, a mantener esas concepciones de determinación “las comunidades no deben distinguirse por su falsedad o legitimidad, sino por el estilo con el que son imaginadas” (Anderson, 1993:24).

Analizar esas construcciones colectivas nos permite acercarnos a los sujetos y a sus subjetividades dinámicas que hacen que participen políticamente con fundamento en determinados imaginarios. “La identidad como construcción, arma, a través de narrativas, relatos, a veces al azar, a veces con intereses políticos o de otros tipos” (Uribe, 2003:1). Así, los relatos funcionan en el plano imaginario, como lo propone Restrepo. Los abordajes de la identidad no deben quedarse en el juego de las diferencias, también hay que dar cuenta de las relaciones de poder:

“Las identidades no solo se refieren a la diferencia, sino también a la desigualdad y a la dominación. Las prácticas de diferenciación y marcación no solo establecen una distinción entre las identidades-internalidades y sus respectivas alteridades-externalidades, sino que a menudo, se ligan con la conservación o confrontación de jerarquías económicas, sociales y políticas concretas” (2012: 135).

Siguiendo a Stuart Hall, las identidades “[...] emergen en el juego de modalidades específicas de poder y por ello, son más un producto de la marcación de la diferencia y la exclusión que signo de una unidad idéntica y naturalmente constituida [...]” (2003:18).

La identidad concebida como dimensión subjetiva de los sujetos sociales, no es un atributo o propiedad del sujeto en sí mismo, sino que tiene un carácter intersubjetivo y relacional. La identidad es un sistema de relaciones y de representaciones. Por tanto, la identidad no es algo esencial e inmutable, es un

proceso activo y complejo, resultante de conflictos, de negociaciones: "De ahí su plasticidad, su capacidad de variación, de reacomodamiento y de modulación interna. Las identidades emergen y varían con el tiempo, son instrumentalizables y negociables, se retraen o se expanden y a veces resucitan" (Giménez, 1993:25).

Es apenas obvio decir que los ciudadanos de Medellín, hoy tienen referentes distintos a los de finales del siglo XIX. El hacha, el carriel, la camándula y la concepción de familia, que entre más numerosa aportaba más a su economía, se ha transformado: el narcotráfico, la violencia, las nuevas apuestas estéticas de la ciudad, la vocación de servicios a la que actualmente se encuentra inscrita, se ha encargado, entre otras cosas, de modificar las significaciones y construcciones colectivas que, como en todas las sociedades, responde a procesos dinámicos; porque cuando se transforman los modos de vivir, se transforman también los modos de pensar y de actuar. Sin embargo, hay un gran esfuerzo por mantener un discurso que se encargue de reforzar los referentes religiosos, de trabajo y de familia.

En el sentido de esas narraciones que erigen identidad, se habla de las construcciones simbólicas que involucran representaciones y clasificaciones referidas a las relaciones sociales y las prácticas, donde se juega la pertenencia y la posición relativa de personas y de grupos en su mundo:

[...] No se trata de una cualidad perenne transmitida desde el fondo de los tiempos, sino de una construcción presente que recrea el pasado con vistas a un porvenir deseado. En este sentido, la noción de identidad, recuperando los procesos materiales y simbólicos y la actividad estructurante de los sujetos, permite analizar la conformación de grupos y el establecimiento de lo real en sus aspectos objetivos y subjetivos (Bayardo, 2004: 2).

Como también lo propone Guerra, la identidad se define en un proceso complejo de articulación “[...] y relación de la *memoria* (reconstrucción del pasado) con la *práctica social* (apropiación del presente) y con la *utopía* (apropiación del futuro) y con la *representación* que el sujeto tiene de ese proceso gracias a su conciencia [...]” (1994: 48).

2.1.2 La identidad como elemento de la cultura política

Con respecto a lo anterior, la escuela antropológica considera como la existencia de sentidos prácticos inmediatos de la organización de la convivencia que resultan básicos en la definición de un ‘nosotros’ colectivo, sugiriendo que las soluciones locales al problema de la identidad y al de la participación, constituyen formas genuinas de cultura política, esas formas locales de cultura política no coinciden necesariamente con las soluciones y demandas institucionales, aunque de hecho, se superpongan o se imbriquen con ellas en grado variable (Cruces y Díaz, 1995: 15).

Siguiendo este planteamiento, no entendemos la cultura en términos de modelos de comportamiento, como en los años cincuenta, sino bajo una concepción simbólica, que Clifford Geertz define como pautas de significados, entendida a partir de los hechos simbólicos como una dimensión inherente a todas las prácticas. Es así como las identidades son apropiaciones que hacen los actores sociales. Haciendo eco a Geertz, con respecto a las identidades étnicas que para este caso sería regional:

“Estas igualdades de sangre, habla, costumbres, etc. Se experimentan como vínculos inefables, vigorosos y obligatorios en sí mismos. Uno está ligado a su pariente, a su vecino, a su correligionario ipso facto, como resultado no ya tan sólo del afecto personal, de la necesidad

práctica o de los comunes intereses, sino en gran parte por el hecho de que se asigna una importancia absoluta e inexplicable al vínculo mismo” (Geertz, 1973:222).

Es también una forma de aproximarnos a la configuración de poder o de organización política de la región antioqueña. Es necesario señalar que la identificación del conjunto, nos lleva a indagar sobre cómo se construyen esas pertenencias y en el mismo sentido, los proyectos de vida y en ese sentido, cómo nos posicionamos ante los demás. Es en esa medida que se convierte en un tema esencial para la política. Entonces, la cultura no puede considerarse como una `instancia exterior` a la política, sino como una dimensión inherente a la vida política o más precisamente, como *una dimensión analítica de todas las prácticas políticas*. Esto significa que, lejos de ser un decorado accesorio e inesencial, la cultura impregna todo el campo político y `está en todas partes`: verbalizada en el discurso, incorporada en las creencias, en los ritos y la teatralización del poder, cristalizada en las instituciones representativas y en los aparatos de Estado, internalizada en forma de identidades colectivas en conflicto, traducida en forma de ideologías y programas, etc. (Giménez, 2007:109).

Con respecto a la identidad, Giménez (2007) destaca que el campo político es un escenario en el que alrededor de éste, se configuran o no, las identidades colectivas y por afiliación o pertenencia, se distribuyen los individuos. La virtud de la política es la posibilidad que tiene de ser vinculatoria a través del discurso, de la generación de confianza, de la persuasión; de ahí, la posibilidad que ésta tiene de movilizar a la gente constituyendo nuevas identidades dependiendo de su acción, que incide de manera fuerte o débil o de manera duradera o pasajera. Es pertinente considerar la corresponsabilidad entre estas dos dimensiones, porque en este sentido, y como lo propone Restrepo (2012), las identidades no solo están ligadas a principios clasificatorios, también lo están a prácticas de explotación y dominio. Porque las identidades como taxonomías útiles para pensar y ordenar el

mundo, pueden ser consideradas como una dimensión del poder que amerita una revisión debido a que como clasificaciones, son un tipo de intervención.

2.1.3 Las identidades dinámicas

Al considerar que la identidad sufre procesos de destrucción y de reconstrucción de manera constante, se reconoce su carácter dinámico e inacabado y se le considera como “[...] una acción sobre el mundo; esto es, una conjunción de tradición y construcción social. Estaremos por tanto, ante una identidad histórica, que se encuentra en continua transformación y cuyo sentido reside en posibilidad de autorreconocimiento, el desarrollo de las autonomías y la dinámica endógena” (Guerra, 1997:46). La identidad aparece en consecuencia, como el resultado del proceso humano, en el que la interacción con el mundo genera la producción de sentido y a la vez, orienta y direcciona la experiencia y los comportamientos.

Considerando la propuesta de Lourdes Vargas y Carlos Pérez, se apoyan en la propuesta derridiana de la diferencia, que significa a la vez:

...lo diferido y lo diferente, por tanto, busca “pasajes” entre oposiciones, plantea algo diferente, algo que permita “prolongar” (diferir) el sentido de un concepto extremo, hasta “tocar” el otro extremo. Así pues, desde esta óptica, estaremos hablando de un concepto dinámico de “identidad”, que tiene algo de esencialista, pero también de nominalista; que se construye desde un sentido de sí mismo, así como desde la relación con los otros; que a la vez que está arraigada en un pasado, se guía por un futuro desde el pensamiento de lo que se quiere ser. Por tanto, de manera similar al concepto general de “identidad”, [...] son conceptos complejos, de los cuales no puede darse una definición cartesiana (clara, exacta y precisa). (2009:7).

2.2 Revisión de la construcción del imaginario identitario de los antioqueños: entre la pereza y el trabajo

Considerando al sujeto como resultado de un proceso colectivo, en este sentido, la memoria de la comunidad constituye un factor determinante para la construcción de identidad, puesto que es con base en la reproducción de tradiciones y costumbres como se va fortaleciendo el sentido de pertenencia y la cohesión del grupo. “Obedeciendo también estas narraciones de identidad a un contexto marcado por las relaciones de poder, ya que quién construye la identidad colectiva, y para qué, determina en buena medida su contenido simbólico y su sentido para quienes se identifican con ella o se colocan por fuera de ella” (Castells, 1998: 29).

Los discursos identitarios de unidad regional en la cual se fijan unos límites simbólicos y un grupo humano particular, están estrechamente asociados a las características geográficas de Antioquia, de ahí su autoreconocimiento y reconocimiento por parte de los otros como “*montañeros*”. Este adjetivo se mantiene actualmente y se utiliza como elemento reivindicativo para señalar tenacidad y empuje. Es por ello, que eventos como la Feria de las Flores, fiesta tradicional de los antioqueños que se celebra cada año, hace reconocimiento a esta condición de campesinos luchadores, quienes en los retos, manifiestan su creatividad, perseverancia y emprendimiento:

“Los antioqueños surgieron como un pueblo de montaña enfrentado con tenacidad al medio agreste y hostil que les correspondió habitar e interpuso obstáculos para su progreso. De la lucha que ellos entablaron contra esas dificultades del medio, lograron salir victoriosos, lo que cimentó sentimientos de orgullo y valoración y forjó el carácter dinámico y emprendedor que se les adjudica. Esto se refrendaba con

las evidentes manifestaciones de progreso material y económico que vivió Antioquia a lo largo del siglo XIX” (Arcilla, 2006: 38).

Con respecto a la imagen del pueblo antioqueño, hay dos grandes versiones, una en contraposición de la otra. Una, se da primero y la otra es la respuesta que se presenta tiempo después por parte de académicos, literatos e importantes intelectuales que a través de diferentes medios, tratan de construir un discurso que muestre a los habitantes de Antioquia, como personas llenas de valores. En el siglo XIX, las ideas producidas por representantes del poder colonial, hacían referencia a la miseria de la provincia y a sus habitantes como vagos y perezosos:

“Se puede afirmar que por la fecha de gobierno de Mon y Velarde, comienza el crecimiento de la población antioqueña: en el año de 1787 tenía 56.052 habitantes. En la época de la independencia, la población antioqueña subía a los 100.000. Como hombre que pensaba en el desarrollo industrial, éste la preocupaba notablemente, he ahí sus palabras ‘la lana dará ocupación a muchas gentes que hoy viven ociosas. Promovida así la industria, se harán mantas, ruanas y todas las manufacturas que vienen de fuera, y extraen mucho oro, con poco lucro del comercio a un subido costo del que lo consume, por lo que muchas veces, andan desnudos y crían a sus hijos en esta miseria’... lo mismo se puede ejecutar con el algodón que produce en las demás partes de la tierra, aun si cultivo y las ropas que llaman del Reino, llevan considerables sumas que pudieran quedarse en la Provincia para su fomento, y dar de comer a muchas gentes que hoy viven ociosas y necesitadas; y entonces en su misma casa y a su propia familia, podrían buscar su subsistencia, sin salir a la calle ni tener que petardear” (García, 1987: 7).

Haciendo referencia a las características de los habitantes antioqueños de principios del siglo XIX, tal cual lo referencia José Manuel Restrepo, intelectual antioqueño, en *Ensayo de geografía, producciones, industria y población de la provincia de Antioquia en el Nuevo Reino de Granada* en 1808.

“Aunque sea tan pequeño este número [de habitantes], con todo, si los moradores fueran industriosos, si calcularan sus verdaderos intereses, esta provincia caminaría rápidamente hacia la prosperidad. Pero el antioqueño con un cuerpo sano y robusto, con un carácter bondadoso, con unas costumbres sencillas, con una moral ajustada, con aptitud para las ciencias, las artes y para la cultura, yace en la ignorancia y en la inacción. Sus modales, sus antiguos usos y su lenguaje poco limado manifiestan a primera vista que es de una provincia interna: sus artes son muy imperfectas, la industria está en la cuna. Es cierto que ama el trabajo, pues ya rompe las duras piedras, corta las colinas, ahonda los ríos y saca el más precioso de los metales [...] pero tenazmente asido a las costumbres de sus mayores poco ilustrados y lleno de envejecidas preocupaciones, no atiende a los brillantes ejemplos que le dan otros pueblos más civilizados” (Arcilla, 2006:51).

Por su parte, Parsons destaca más bien, el aislamiento largo y efectivo en las montañas como generador del "definido tradicionalismo" y la "peculiaridad de los rasgos culturales" de este pueblo, lo cual se expresa precisamente en su estrecha ligazón con las montañas: "A despecho y pesar de esta expansión geográfica (se refiere al proceso de colonización de tierras), todos los vínculos culturales y anhelos de este pueblo están en el viejo corazón de las montañas de Antioquia y en el hermoso Valle de Medellín [...]" (1950:2).

El discurso que trata de mostrar cómo a pesar de las difíciles condiciones geográficas del territorio habitado por los antioqueños, en el cual el comercio y la

minería fueron el pilar de su economía, hayan logrado por ejemplo, la formación de intelectuales importantes y éstos a su vez, una literatura propia. La cual, según (Zuleta), se distingue de las demás del país; esta diferencia radica en la idiosincrasia de esta “raza”, la cual, según el autor, se conservó sin mezcla, “donde se encuentran tipos que, hermoseedos, pasan a las producciones artísticas, como matices diversos y han dado margen a una literatura muy bien designada con el gráfico nombre de “regionalismo” (2000:65).

De ahí en adelante, pueden rastrearse una serie de ejemplos que muestran un afán para contrarrestar la tipificación de los antioqueños como personas ignorantes y perezosas. Sus intelectuales se valieron de medios impresos en los cuales se ensancharon mostrando todo lo contrario. De acá se concluye que la identidad está moldeada por afanes que se materializan en discursos que van calando en la población a lo largo de todo el siglo XX. En este aparte, se toman textos que responden a diferentes periodos, desde 1910 hasta 1988. Estamos hablando de más de 70 años, en el cual se logra rastrear una concordancia de discurso: superioridad de la supuesta raza y unas características especiales por pertenecer a ella:

No es difícil concluir, conforme a esas ideas (las de GustaveLeBon) que hay un lugar en la América Latina en que existe esa roca ideal de una raza superior, y ese lugar es Antioquia (López, 1910:7)

Más que la sangre, le debemos al medio físico y social las características mentales y emocionales que han modelado el tipo antioqueño [...] sus peculiaridades han sido fruto del medio ambiente y de la herencia racial en que predominaron el elemento español vascongo y el indígena Caribe, este último, más vigoroso y luchador que el Chibcha por ejemplo, sin olvidar el ejemplo africano que nos

aumentó la capacidad de resistencia contra el clima homicida (Uribe, 1942:11).

Bajo el título “Medellín, ciudad tricentenaria” la sociedad de Mejoras Publicas recoge las tradiciones de la Villa, la presencia de hombres de lucha, gallardos y nobles, generosos y entusiastas, que actúan como varones que avizoran el futuro prometedor y van regando la simiente que forje una raza que domine el medio que sea hostil” (Gómez, 1975: 9).

Pueblos como el antioqueño, de intensas energías aplicadas al trabajo tesonero, no se hunden [...] Antioquia, así como produce el café más estimado y el oro más abundante, tiene también raza privilegiada, como acaba de comprobarse en el reciente torneo nacional, para la elección de miss Colombia (López, 1987:148).

Algo tendrá de peculiar el estereotipo de la población antioqueña para que su origen haya desatado una ardorosa polémica [...] en la que los rasgos típicos y las reacciones emocionales de este conjunto humano, contrastan notablemente con los que son propios de los demás grupos que integran la población colombiana (Duque, 1988:9).

2.2.1. Los paisas, resultado del modelo regional

Los antioqueños viven en Colombia, hablan español, tienen el mismo sistema político, el mismo modelo económico; al igual que todos los colombianos que tienen una historia de colonización española, con un antecedente indígena y posteriormente negro que los une, pero nuestra historia después de la independencia, nos configura en lo que, entre otros autores, (Bushnell, 1996;

CINEP, 1998) han denominado como un país de regiones. Regiones que se han configurado, teniendo tanto en común, como diferente, los rolos, los paisas, los llaneros, los santandereanos, los costeños. Si se pensara en las particularidades de los habitantes de estas regiones, podrían enumerarse una cantidad de características particulares de cada uno de éstos. El federalismo reflejo y contribuyó al fortalecimiento del regionalismo en Colombia en el siglo XIX.

Las raíces del regionalismo están arraigadas en el pasado colonial; las lealtades locales fueron primordiales durante el periodo colonial y durante las guerras de independencia, pero el discurso racializado de diferenciación regional y las identidades regionales plenamente desarrolladas, que aún afectan la vida colombiana, se formaron en la era republicana (buscar raíces del poder regional Uribe de Hincapié y Álvarez) (Appelbaum, 2007: 35).

Actualmente, el sistema educativo sigue hablando de las grandes regiones colombianas, es normal ver cómo en los colegios, en la clase de ciencias sociales, se hacen muestras de los vestidos típicos, gastronomía, música, bailes típicos de las regiones colombianas. Seguimos teniendo una visión regional, incluso hace unos años, Antioquia explícitamente se dividió en regiones, cada una de ellas con una vocación económica. De ahí la dificultad de hablar de una identidad nacional, porque seguimos concibiendo a Colombia como un país regionalmente dividida. A mediados del siglo XX, Luis López de Mesa propuso hablar de una nación de siete regiones; las cuales, definió como “grupos raciales”. Años más tarde, Virginia Gutiérrez de Pineda, describió cuatro, las cuales denominó “complejos culturales”. La pertenencia a estas regiones, también se suponía confería a sus habitantes unas características culturales propias.

Para López de Mesa, el ambiente junto con la herencia, moldearon el carácter, la cultura y los fenotipos colombianos. En su análisis, los grupos regionales con mayor preponderancia de sangre europea y que habitaban los climas templados

del país, como los antioqueños, eran superiores intelectual y físicamente a los más negros y más indígenas de otras regiones (Appelbaum, 2007:39).

Considerando las nociones de raza y región como discursivas, es importante considerar la observación de Peter Wade (2002) de que en Colombia la región funciona como “un discurso nacional de diferenciación racial”, sostenía que las identidades regionales surgieron junto con un discurso de diferenciación racial y regional que sirvió para organizar territorialmente al emergente estado-nación y para implantar una jerarquía racial en las montañas de Colombia. En el discurso de diferenciación regional, propio de estos discursos, había presunciones sobre la raza, asociando ciertas regiones con la blancura de la piel y, por lo tanto, con prosperidad, decoro sexual asociado al vínculo matrimonial y al progreso.

Retomando nuevamente a Appelbaum, ella propone que los procesos básicos de colonización y política partidista, junto con los esfuerzos por trazar un mapa y categorizar el territorio nacional, moldearon -también fueron moldeados por- una geografía de regiones racializadas:

Sostengo que los colombianos del siglo XIX desarrollaron un discurso racializado de diferenciación regional que utilizaron para clasificar a la población y al territorio de su emergente nación. Luego, a principios del siglo XX, intelectuales de provincia elaboraron nuevas teorías acerca de los componentes regionales de la nación colombiana basándose y legitimando aún más el discurso racializado de diferenciación. Sin embargo, las definiciones racializadas de identidad local, regional y nacional demostraron ser excluyentes y discriminatorias y fueron discutidas en todos los ámbitos (2007:43)

Retomando a Anderson, cuando habla de las naciones, en este caso serían las regiones, “una comunidad política imaginada [...] imaginada porque aún los

miembros de la nación más pequeña, no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno, vive la imagen de su comunión” (1993: 21). Es aquí, cuando es preciso hablar de las particularidades de las regiones, en este caso específico la de los paisas, más precisamente de los antioqueños, quienes al igual que todas las ciudades o departamentos del país, tienen unas características que merecen ser revisadas.

El empeño en el trabajo, los valores familiares, la religiosidad y la creencia en la superioridad del antioqueño, fueron los valores con los cuales las élites regionales impulsaron la cultura paisa (Uribe, 1990). Estos valores se reflejan en el pragmatismo del que se ufanan los pertenecientes a esta colectividad, el cual se refleja en la iniciativa, la habilidad para hacer negocios y para pensar en maneras eficaces de obtener dinero. El valor del trabajo y del esfuerzo, fueron tomados por los antioqueños combinando éstos con la devoción de la religión católica y la familia, como instituciones sociales fundamentales para la regulación de la vida social. La fuerza de la cultura regional, estaba arraigada en el mito de la pureza racial blanca de la “raza antioqueña”.

2.2.2 La comodidad de los antioqueños está en su “blancura”

A pesar de la información del estudio del norteamericano James Parsons, quien plantea que en 1759 había en Antioquia 900 negros; que en 1767, habían aumentado a 4296 y que en 1797, la cifra anterior se había duplicado, y a pesar de que el censo de 1808 decía que para esa época había 10045 esclavos, aunque ya para esta fecha muchos de ellos no eran peones mineros, sino dependientes domésticos y que en algunos distritos los mulatos eran más numerosos que los mestizos y blancos. A pesar de esta realidad, el ancestro español, parece ser con

el que más cómodos se sienten los antioqueños (Álvarez, 1983) a pesar que inicialmente, sólo estuvo constituido por unos pocos centenares de varones de familias vascas, andaluzas y castellanas, de las cuales según López de Mesa, un treinta por ciento correspondieron al primer grupo.

Es necesario destacar la reiterada comparación que se hace entre vascos y paisas, se supone que hay unas semejanzas: son dueños de un espíritu orgulloso y enaltecedor del trabajo duro, poseen un territorio montañoso donde han desarrollado desde siempre trabajos de minería y ganadería, han alcanzado cierto desarrollo industrial y el uso por ejemplo, de boinas por parte de los paisas. (López de Mesa, 1970) señala que andaluces y castellanos que llegaron a Antioquia, eran gentes de buena empresa al enfrentarse a la topografía de la región y que esta tenacidad hace que se dé una relativa homogeneidad en carácter y costumbres debido a la incidencia de “cientos de familias” en su mayoría vasco-gamadas. Y se trae precisamente como ejemplo a Luis López de Mesa al debate, porque este fue un reconocido intelectual de formación médica, con gran acogida en Antioquia, visible en el siglo XX con sus posiciones alrededor de la “degeneración de la raza”, para aproximarnos al imaginario de la época y hacer visibles algunos elementos que son de interés para este trabajo.

Al igual que las anteriores construcciones que buscan dar explicación a las particularidades, también el papel de la mujer ha resultado determinante en el imaginario; por ello, la relevancia que se atribuye a la madre o matrona en la familia antioqueña, aún hoy, podría profundizarse en este aspecto; por ejemplo, en trabajos académicos que hablan de la figura de la madre en el fenómeno del “sicariato” en Medellín, pero que aquí no se abordará. Retomando el paralelo que se propuso en relación con los españoles para mostrar más cercanía con ellos, especialmente con los vascos, se habla de la peculiar importancia de la casa solariega en Antioquia, sea una tradición que guarda ecos de la *etxe* (casa) vascongada. También los vascos, respecto de su casa, sienten, ante todo, que

forma parte de ellos mismos, antes de considerarla como una propiedad; lo cual, admite cierta analogía con el modo de ser antioqueño.

Buscando definir racialmente a los antioqueños, algunos observadores resaltaron la blancura de su piel, mientras que otros, la temprana mezcla de los colonizadores españoles con los indígenas, lo que dio como resultado, un mestizo blanqueado, de piel relativamente clara y menos indígena que los habitantes de los elevados altiplanos de los alrededores de Bogotá y del sur del Cauca y menos negro que los habitantes de las tierras bajas. En general, las descripciones alaban la astucia comercial del antioqueño, pero otros escritores lo critican, al calificarlo de codicioso y obsesionado con el rubro financiero por encima de todas las demás consideraciones. La caracterización de los antioqueños como avaros, mercantiles y financistas exitosos estaba ligada al mito de que eran descendientes de judíos conversos⁸ (Appelbaum, 2007:68).

Dentro de la construcción del discurso que habla del éxito de los antioqueños en los negocios de comestibles y telas, se le atribuye al supuesto origen sefardita de éstos. Esta hipótesis se fortaleció durante años y dice que a Antioquia llegaron judíos conversos externamente al cristianismo, los llamados "*marranos*", que ocultaron su verdadero origen practicando la religión católica de una manera vehemente.

[...] Y ahora sé que por mi línea paterna yo soy un Chueta). Estos Chuetas (o Xuetas) recurrieron a varias prácticas católicas "ostentosas" para evitar ser vistos como judíos o criptojudíos: rezar el santo rosario sentados en las puertas de sus casas, para que todo el vecindario los viera y escuchara, colocar imágenes católicas en las paredes de la sala, pero que fueran fácilmente visibles desde la calle a través de las

⁸Frank Safford, sin embargo, ha demostrado que el mito judío nació de las rivalidades entre las élites de Antioquia y Bogotá (Appelbaum, 2007: 68).

ventanas entreabiertas, comer carne de cerdo de una manera festiva, rezar en las iglesias con mucha frecuencia y melindres... Todo ello con el fin de despistar a los familiares o espiones de la Santa Inquisición. (Calle, 2000:1)

Sin embargo, el director de la investigación que pretendía saber si los paisas y santandereanos venían de judíos, Emilio Yunis, asegura que su análisis sobre el ADN mitocondrial "echa por tierra muchos mitos: el origen judío de la población antioqueña [...]. Según él, las madres judías y castellanas nunca llegaron a esos territorios, y por eso, la carga genética que transmiten las antioqueñas [...] sigue siendo amerindia. El país andino siempre ha pretendido ser blanco -agrega-. Por eso, los antioqueños se olvidan del Urabá, el occidente y el norte minero, donde están vigentes las mitocondrias negras, y sólo piensan en el Valle de Aburrá (*El Tiempo*, 2006).

Sin embargo, durante años, aún hoy, se sigue hablando de esta característica del antioqueño, como "blanco" es normal que aún las abuelas pregunten por el apellido, más como referencia de pertenencia a determinada posición social y hagan salvedades cuando hablan de una persona "morena", en algunos municipios de Antioquia y en Medellín se sigue desconociendo la población negra e indígena, consideran que los negros son más próximos a la costa⁹. Pero es indudable el fenómeno de mestizaje:

Este arriero antioqueño ya no es de pura cepa española, cepa que los sociólogos consideraron en un principio proveniente de Andalucía, quizás vasca o castellana, porque tienen su epidermis teñida por el mulataje moreno de la pinta esclava o está marcado en su sangre con el indeleble tipo cero del indígena que le había tocado explotar y

⁹ Las poblaciones negras están concentrados en las zonas de frontera antioqueña, en Frontino, en Zaragoza, en el Bajo Cauca, zonas por excelencia mineras; en el Urabá antioqueño.

exterminar. En la sangre se vengaba el indio del blanco español. Este encostro de mestización parece recordar que si en los socavones o en las ramas de los arboles ahorcados por el español o por su propia voluntad, el indio dejó su cuerpo inerte, otro producto dejaría la india con el español, el mestizo antioqueño, que nuevamente retorna a la superficie de la tierra para buscar en la agricultura relaciones de producción menos duras para poder vivir (García, 1987:8).

En las visitas de los primeros años del siglo XVII, se dio cuenta de que los habitantes de las tierras antioqueñas, eran personas de piel clara y las mejillas encendidas como indicios de salud y belleza, que atribuían al fresco clima de la montaña y a la “falta de mezcla de su sangre con la de los negros”. Para esa época, ya estaban emergiendo una serie de estereotipos con respecto a Antioquia, pero este imaginario regional de principios del siglo XIX, no era del todo aglutinante. También se hizo hincapié en la diversidad racial y social de la que en ese entonces era la provincia de Antioquia (Appelbaum, 2007:67).

2.2.3. La promoción social y económica, la gran apuesta antioqueña

Nuevamente haciendo alusión al discurso del amor al trabajo, genio emprendedor y cumplimiento de sus compromisos se destaca la importancia que tuvo el desarrollo de la economía para esta población.

Varios autores destacaron características de laboriosidad que los hicieron comparables con otras economías. En 1852, Pombo describe a los antioqueños como toscos y obstinados, pero también progresistas y respetables. Los asemeja a los yanquis, haciendo eco de una observación similar hecha por el emigrante sueco “Carlos” de Greiff. Éste por su parte, observó que los antioqueños exhibían cualidades similares a las que habían hecho famosos a los estadounidenses: “la

laboriosidad que los distingue. Una inteligencia rara [...] la propensión natural a las mejoras materiales y a la progresiva marcha de ellas: el amor propio y el más noble egoísmo; el espíritu de independencia les estimula igualmente a conquistar para sí, para sus familias, una propiedad enteramente suya” (Appelbaum, 2007:67).

Estas características, sumadas a la riqueza minera de la región, hicieron que para finales del siglo XVIII, Antioquia produjera cerca del 40 % del oro colombiano; en 1830, más de la mitad. De ahí, que se convirtiera en el centro de comercio y procesamiento del metal de la región. Retomando lo desarrollado por Appelbaum “Hoy en día, los antioqueños responden a la pregunta en forma muy similar a como contestaron sus antecesores un siglo atrás: la raza antioqueña es mucho más emprendedora y trabajadora que sus perezosos vecinos (refiriendo al Cauca). Los científicos sociales de mediados del siglo XX, reforzaron esta creencia con terminología académica, citando la cultura empresarial de Antioquia” (2007:76).

Así se explica, dentro de estos discursos identitarios, el proceso colonizador que protagonizó el pueblo antioqueño durante el siglo XIX, adjudicándole a sus protagonistas, una razón suprema -que en la mentalidad de los intelectuales de la época, poseía carácter sagrado: -civilizar- y ésta como la motivación unificadora y cohesionadora de sus actuaciones (Arcilla, 2006:48) proceso que parece no haber terminado, posiblemente no con el afán de “civilizar”, considerándolo como un discurso ya superado, sino con el afán de una expansión económica. Los antioqueños siguen imponiendo su presencia en las ciudades de la costa y el Chocó, este es el mejor ejemplo de colonización actual, logrando aplicar modelos que tienen implícitos valores tales como la religión y moralidad, la familia, el esfuerzo, el trabajo, la prosperidad y el progreso. Hay un convencimiento de que llevan progreso a las tierras donde llegan, porque están convencidos que para lograr el “desarrollo” debe dejarse de lado la pereza y no puede haber miramientos a la hora de trabajar.

Otra particularidad de los antioqueños, fue el desafío al estereotipo convencional que se tiene de las élites latinoamericanas del siglo XIX, quienes concentraban bajo su propiedad, grandes extensiones de tierra, pero que no fue aprovechado de la manera como se hizo en Antioquia con un modelo opuesto. La élite colonial y de principios de la República invirtió en tierras, comercio, ganadería, agricultura y minería; demostró ser capaz de dividir y redistribuir las tierras con el fin de promover la agricultura a partir del minifundio. Luego, invirtió su capital por toda Colombia y lideró el boom de explotación cafetera de finales del siglo. Sin embargo, las investigaciones académicas han demostrado que la sociedad colonial antioqueña, no era tan móvil ni tan libre de prejuicios raciales como han argumentado algunos intelectuales regionalistas:

Así como ocurrió en otras partes a finales del periodo colonial, en los principales pueblos antioqueños emergió una oligarquía que luchó por defender su identidad, como españoles o blancos, por monopolizar los cabildos de los pueblos y por conservar los recursos económicos y el poder político por medio de alianzas matrimoniales estratégicas y de relaciones de compadrazgo. Aun así, algunos plebeyos emprendedores de ascendencia mixta, lograron irrumpir en los círculos elitistas (Appelbaum, 2007:77).

2.2.4. Identidades locales, decisiones políticas

Pensar el Estado-Nación, en contraposición con las identidades locales, es una forma de entender como aquí también se manifiesta una relación de poder y correlación que afecta tanto al uno como a la otra y cómo se dan formas específicas de organización y participación.

[...] el énfasis lingüístico y cultural en muchos estudios recientes sobre la formación del Estado Nación durante el colonialismo y poscolonialismo, ha demostrado que los legados coloniales son tanto discursivos y políticos como económicos. Los estados capitalistas modernos formaron y algunas veces, alteraron de manera radical las categorías sociales de raza, género y geografía entre otras, con las que los imperios que las presidieron, habían clasificado y gobernado a sus súbditos. Las “tecnologías” del colonialismo como la cartografía, el censo y la etnografía, suministraron herramientas para la consolidación del Estado moderno y sus ordenamientos jerárquicos de habitantes y territorios dentro de la nación. Paradójicamente, los grupos colonizados han hecho uso de estas herramientas al redefinir sus propias identidades, aún en aquellos casos en que se definieron a sí mismos en contraposición al Estado. Los procesos poscoloniales de colonización y colonialismos, trazaron nuevos mapas de relaciones sociales sobre nuevas geografías nacionales de poder (Appelbaum, 2007:35).

De acuerdo con el historiador Marco Palacios, en el ámbito nacional, ningún bloque o partido político ha sido hegemónico, en sentido gramsciano. Sin embargo, sostiene que Antioquia puede considerarse una hegemonía conservadora.

La participación de cada uno de estos [haciendo un listado de los gobernantes] y otros protagonistas de la hegemonía conservadora, da la impresión de que el partido conservador en Antioquia ya funcionaba con unas claras organizaciones en las poblaciones, municipios y departamentos del Estado, de modo que los lazos que unían a cada uno de estos niveles de la organización partidista, se movían muy eficientemente para perpetuar la dominación o para prepararse para la

guerra: conseguir bestias, aperos y hombres; reunir pólvora y piedra de chispa, acopiar lanzas, escopetas y fusiles. En otras palabras, el partido conservador funcionaba como un mecanismo electoral que cumplía con los rituales de la democracia: realizar elecciones, garantizar el funcionamiento de un poder legislativo, organizar la policía y las rentas del Estado [...] la penetración de la ideología conservadora, apoyada y reforzada por la Iglesia y los aguerridos curas párrocos de la época, sumadas a la estructura y característica de la familia antioqueña, volvían a colocar al conservatismo en el poder (En Ortiz, 1985:67).

La legitimación del partido conservador, se da entonces, como una forma de garantizar las relaciones familiares, financieras de afinidad; conservar las estructuras clientelares propias del partido y mantener las alianzas con la iglesia católica.

2.2.5. Construcción de una identidad a cargo de la literatura

Aunque a lo largo de este capítulo se ha hecho énfasis en que las identidades son discursivamente constituidas, es también importante considerar que éstas, no son solo discurso.

“Las identidades son discursivamente constituidas, como cualquier otro ámbito de la experiencia, de las practicas, las relaciones y los procesos de subjetivación. En tanto, realidad social e histórica son producidas, disputadas y transformadas *en* formaciones discursivas concretas. Las identidades están en el discurso y no pueden dejar de estarlo. Al igual que `lo económico`, `lo biológico` o el `lugar` (por mencionar algunos ejemplos), son realidades sociales con una `dimensión discursiva`

constituyente que no solo establece las condiciones de posibilidad de percepciones y pensamientos, sino también de las experiencias, las prácticas, las relaciones” (Restrepo, 2012:134).

En la medida que la dimensión discursiva es una práctica constituyente de cualquier acción, es importante considerar cómo los informes, mapas, textos, novelas, relatos y medios de comunicación, ayudan a construir una nación que puede resultar pareciendo heterogénea, borrando de estos escritos, las particularidades, como diría un profesor en la Universidad de Antioquia, “*La historia está escrita por las élites, algo tendrá de conveniente*”. Las novelas costumbristas de la época, ricas en detalles etnográficos, contribuyeron a reforzar la imagen de una Colombia compuesta por distintos territorios y habitantes: *Antioquia literaria*, 1878 de Juan José Molina; *Frutos de mi tierra*, 1886 y *Grandeza*, 1910 de Tomás Carrasquilla; *Tierra Virgen*, 1897 de Eduardo Zuleta Ángel.

Los escritores de la élite que produjeron textos, tendían a atribuir los diferentes niveles de progreso y “civilización” alcanzados por los habitantes de cada localidad a una combinación de condiciones ambientales y características heredadas que presuntamente moldearon el ancestro racial (Appelbaum, 2007:37).

A lo largo del siglo XIX, las publicaciones se encargaron de homogenizar a los antioqueños y no se tuvo en cuenta su diversidad, se hablaba de características similares en cuanto a valores y aspecto físico. En vez de contrastar a los antioqueños de diferentes pueblos y altitudes, se encargaron de unificar la imagen de los habitantes de Antioquia. Por ejemplo, retomando a Pombo describe la armonía en el hogar de sus amigos antioqueños Alejo y Ana María:

Dice que los hijos eran inteligentes y aventureros “antioqueños de pura raza”. Ana María, era “hacendosa [...] metódica; más al corriente que

su marido en los negocios de éste [...] ha dado a su marido ocho hijos, todos varones, todos sanos, todos enseñados por ella a leer, rezar, hacer oficio y portarse bien”. La descripción que hizo Pombo de Ana María, incluye muchos elementos de lo que hoy es un estereotipo común de la mujer antioqueña. El estereotipo de madre antioqueña es una mujer fértil, maternal, obediente y virtuosa; sin embargo, al tiempo es intelectual y moralmente igual (si acaso no superior) a su esposo. (En Appelbaum, 2007:70).

Los antioqueños han sido definidos a partir de comportamientos que los caracterizan: el apego a la tierra, el trabajo y una necesidad de mostrarse como emprendedores y “berracos”¹⁰; la unión familiar, los referentes católicos; por ejemplo, una persona debe ser bautizada, confirmada y su matrimonio, para que tenga la aceptación y reconocimiento social, debe tener la “bendición de Dios” únicamente dada por la iglesia católica y es la mujer el centro y soporte para que su familia esté unida; es ella la encargada de asegurar las buenas costumbres de sus hijos, es quien contribuye con la prosperidad del hogar; las posiciones conservadoras en sus tendencias políticas y tradiciones culinarias, la solidaridad entre sus gentes que se evidencia más cuando se está por fuera. Es como un sentimiento de hermandad no explícito y la concepción de mujeres estéticamente hermosas, reconocidas en el país, no solo por su belleza, sino por valerse de ésta para acceder a un ascenso económico rápido. Son algunas de las características atribuidas a esta población.

2.3 Auto-caracterización 2013

¹⁰Esta palabra se usa como adjetivo, para calificar a aquella persona que se le mide a lo que sea, que saca adelante cualquier proyecto. Esta palabra no aparece en el diccionario de la Real Academia de la Lengua. Pero en esta parte del país es bastante utilizada.

El interés de conocer las posiciones actuales y las concepciones de un grupo de profesionales antioqueños entre los 25 y 40 años de edad¹¹, se hicieron preguntas sobre las características de sus gentes. La pregunta fue hecha a través de Facebook, partiendo de la idea que las redes sociales pueden pensarse como herramientas de interacción que deben ser aprovechadas debido a la rapidez e inmediatez de la información que proveen. Así mismo, se hizo una revisión rápida de los “grupos” que sobre la antioqueñidad se han conformado en esta red y se encontró que en todos ellos se cuelga información e imágenes que hacen alusión al ser paisa y al orgullo de pertenecer a esta “raza”, porque en 2013, se sigue hablando en estos términos: “somos cien por ciento paisas”, “paisas lo mejor”, “orgullosamente paisa”, “paisas lo mejor del mundo”. Estos grupos cuentan con miles de seguidores, haciendo un rastreo rápido de las cuentas identificadas, se acercan a los 800.000 seguidores. Estas nuevas tendencias informáticas se encargan a su vez de alimentar estos espacios con comentarios y vivencias en torno a lo que se consideran características de esta colectividad.

La pregunta que se hizo, hablaba específicamente de la antioqueñidad y ninguna de las personas se refirió a esta categoría, sino a ser o sentirse “paisa”. Estas aproximaciones, dan cuenta de una auto-caracterización por parte de un grupo de antioqueños.

En la mayoría de comentarios, se habló de la pujanza de los antioqueños, manifiesta en el discurso como un espíritu luchador, rasgo asociado

¹¹ Este grupo de 30 personas se eligió porque están dentro de la población económicamente activa y tienen una formación académica que se cree les permite ampliar en cierta medida esas posiciones conservadoras de las personas mayores y pasionales de los menores. Además estas personas en su mayoría votaron por Sergio Fajardo y para la época de su elección hicieron parte del grupo en que mayor favorabilidad tuvo, el de los universitarios. Se hizo un ejercicio de preguntas sobre su percepción y vivencia de la antioqueñidad. Este grupo incluyó profesionales de distintas áreas del conocimiento para tratar de evidenciar posturas a partir del área de formación, identificando que las personas de las áreas administrativas tienen muy presente que los antioqueños tienen como principal característica un espíritu emprendedor y pujante. Por su parte las mujeres hacen alusión a la importancia de la familia y de cualidades como la amabilidad de sus gentes y el sentido de pertenencia a su departamento.

tradicionalmente a los antioqueños y que se evidencia en documentos históricos que fueron consultados para este trabajo:

[...] una de las cosas que más me hace sentir paisa es la tenacidad, constancia y empuje para enfrentar cualquier reto [...]

Mario Augusto Eusse Bernal.

“Pues a mí, me hace sentir paisa la pujanza, la berraquera, la recursividad, la amabilidad y la calidez de la gente”. Fredy Ruiz.

Otra de las características frecuentes en los comentarios, tiene que ver con un especial apego a la geografía y a las ciudades que dentro de ésta se han desarrollado, principalmente Medellín; probablemente, por su condición de capital del departamento. Varios de los testimonios, hacían alusión a las montañas, a la luminosidad o los colores en la ciudad o a temas paisajísticos.

“Las montañas, cuando ando por otra tierra que no es Antioquia, se nota en su olor y en su paisaje. Antioquia tiene cierto olor en sus pueblos a tierra revuelta, como cuando están cosechando papa o cebolla de rama. Sin contar con las montañas y los colores de las casas campesinas, recuerdo que crecí en una de ellas y me encantan; siempre añoro dormir en casa campesina. La música jejejejee, quién creyera, pero me hace falta la música paisa, escuchar "el apachurrao" así no sea diciembre jajajajaja. Más que todo, la gente; se nota mucho cuando estamos en otras partes, la manera en que atiende un paisa, se hace notar, es muy diferente a otro tipo de regiones [...]. Verónica Vergara Jaramillo

[...] Me hace sentir paisa el sentido de pertenencia que tenemos por nuestra ciudad, lo orgullosos que nos sentimos de ser de donde somos,

y particularmente, los refranes que tenemos para cada situación!!! La gente particularmente simpática y acogedora. El desarrollo de ciudad que aunque con problemas, siempre se destaca por hacer cosas buenas que mejoren la vida de sus habitantes [...] Catalina Jaramillo Giraldo.

Normalmente, en Medellín o en otro lugar de Antioquia, nada me hace sentir paisa; me siento paisa cuando alguien de otra región del país me dice que soy paisa. O en este caso, cuando se me pregunta por eso, y lo pienso un poco, me hace sentir paisa la tierra, el clima, el color, el olor, la comida, la forma de hablar y ser de la gente de Antioquia. Jorge Fidel Castro.

De igual forma, aparecen testimonios que hablan de la personalidad de los paisas, muchos comentarios se referían a la amabilidad o a la gentileza con que, según su auto-caracterización, cuentan; las atenciones que hacen a los invitados y en general, una cierta simpatía con las personas.

Las personas, son sencillas, desprevenidas, amigables, atentas.

La gente me hace sentir muy paisa, se ve mucho la diferencia cuando estamos con otros, nuestra manera de ver el mundo, solidarios, atentos, tramadores, trabajadores de calle jajajaja, echaos pa'lante como todo el mundo nos dice, pero es cierto, no se puede generalizar, pero es el común denominador. Sandra Correa.

Es importante señalar que los antioqueños son simpáticos y acogedores mientras se destaque o se hable muy bien de su ciudad y de su gente, pero las críticas no son bien recibidas, son una ofensa y se interpretan como “envidia”. Los antioqueños son reconocidos por ser “rosqueros”, haciendo alusión a que

hay una tendencia a favorecer a los propios, rasgo que ha sido cuestionado por las personas de otras regiones; más aún, cuando se afirma que esta costumbre tiene implicaciones negativas para quienes quieren ingresar a los mercados laborales antioqueños.

La primera característica de los paisas es el regionalismo, se creen la última coca cola del desierto, es lo mejor del mundo, el mejor clima, las viejas más lindas...son muy conservadores, lo que los hace muy doble moral. Las dos anteriores generan personas egocéntricas y unido a que se creen los mejores negociantes del mundo, dan como resultado personas egoístas, estafadores que piensan solo en el bien propio, sin pensar en los demás, ni en un colectivo". Felipe Vera Flórez.

Sobre este mismo rasgo, es frecuente escuchar comentarios como que en Antioquia, las empresas de afuera, no pueden llegar tal cual; debe hacerse modificaciones, siguiendo principios del mercadeo que habla de estudiar el cliente para llegarle de una manera eficaz.

Se destaca que la conciencia de pertenencia a un grupo, no se tiene en él mismo, ahí, se vive. Uno se piensa o se siente particular cuando se ve por fuera del colectivo, cuando identifica la diferencia, cuando sabe que hay otras construcciones.

Llevo viviendo en Barrancabermeja año y medio y aquí me llaman "paisa". Hay cosas con las que uno se identifica y hay cosas con lo que los demás (o los otros, como dicen ustedes los antropólogos) lo identifican a uno. El acento sobre todo, me delata.

El regionalismo paisa, definitivamente es la causa de que uno se sienta antioqueño. Aquí en Santander, también se nota el regionalismo, inclusive rivalidad entre la gente de Bucaramanga y los barramejos. El

hecho de haber nacido en un lugar específico, Medellín, me hace sentir paisa. Y uno tiene muchos apegos culturales como por ejemplo, por las costumbres culinarias. Bacano que revisés la carga etnocéntrica que tienen los proyectos de identidad, bien sea regional o los proyectos nacionalistas, Gnecco ha trabajado mucho ese cuento.

Caigo en cuenta mientras escribo que hablar de "vos" y no de "usted" o de "tú" también me hace sentir paisa. La parte lingüística tiene mucho peso en el cuento de la identidad paisa, nos enorgullece el acento y creer que hablamos muy bien". Raúl Piedrahita.

Si bien, para efectos de esta investigación se dividieron los comentarios en grupos de acuerdo a características frecuentes, se debe reconocer que la lectura de éstos, da cuenta de una antioqueñidad como un todo, sin subdivisiones internas; es una expresión misma de la vida de las personas de esta región y no un listado de rasgos separados. La antioqueñidad pasa por las costumbres más cotidianas como la preparación y consumo de los alimentos, que se podría describir como una preferencia exacerbada por la comida tradicional de los hogares, como una cierta fobia neogastronómica, pues según los testimonios, la mejor comida del mundo es la arepa y los frisoles, que son las dos preparaciones más emblemáticas de la región

[...] muchos gustos se acentúan mucho más. Con la comida por ejemplo: la arepa sin sal, de maíz, no de areparina; el maíz es indispensable en todas sus presentaciones, en todas las arepas, que son más de 12 tipos solo en Antioquia.

Hasta elaboraciones más profundas y abstractas del sentido de sus vidas.

Pensé que yo no siento eso, simplemente lo vivo. Lo veo ahora en mi trabajo, toda la gente es un mundo, un personaje en sí, llenos de vida.

Creo que eso son los antioqueños, seres llenos de vida. Jorge Eduardo Garcés.

En general, los testimonios dan cuenta de una sensación de orgullo, las personas que respondieron a la pregunta, parecieran estar convencidas que su ciudad, su departamento y su modo de vida, son modelos dignos de mostrar; de ahí, el particular sentido de pertenencia que los une en defensa de lo propio, inclusive en situaciones que en otras regiones no tendrían una respuesta colectiva. Se concluye por ejemplo, que la “cultura metro” haya sido tan fácil de posicionar en la ciudad, porque hay una disposición a cuidar lo que consideran que les pertenece. No en vano, el escándalo que se generó en la ciudad con la proyección de la película “la virgen de los sicarios” del antioqueño Fernando Vallejo, quien fue señalado como paria. El periódico *El Colombiano*¹² dio cuenta del malestar de la ciudadanía porque en una de las escenas de la película, se cometió una masacre en las instalaciones del Metro, eso fue una ofensa para los medellinenses, pues estaban violentando la imagen de una de las “reliquias” de la ciudad; casos similares, se han dado cuando la Universidad de Antioquia aparece en producciones que se alejan del ideal.

El reto ahora, es estudiar cómo estos elementos son retomados y entran a jugar en el actuar político, como estas características se enfilan y se ponen en juego en la construcción de los discursos políticos de esta población, y cómo estos imaginarios entran a calificar la gestión pública de los gobernantes. El aporte de esta investigación, es definir como la identidad antioqueña interviene en la política y lo político de la ciudad. El estudio de este problema, contribuye con la profundización en las relaciones que se dan entre cultura y poder, más allá de la institucionalidad de las campañas políticas y la gestión pública. Ernesto Laclau y Chantal Mouffe (1987) han argumentado que las identidades deben pensarse como articulaciones sobredeterminadas en campos de diferenciación y de hegemonía concretos. Aunque contingentes, las identidades encarnan

¹²<http://www.elcolombiano.com/proyectos/virgendelossicarios/claqueta.htm>

articulaciones con densidad histórica. Lo que se busca es no limitarse a las narrativas de la identidad, sino examinar las prácticas.

CAPITULO III. LA MEDELLIN QUE RECIBIÓ Y ENTREGÓ FAJARDO 2004-2007

Estas diferencias [clase empresarial antioqueña y bogotana] tienen muchas explicaciones, esta es intuitiva, de carácter cultural histórico; en el fondo, Antioquia no fue construida sobre una aristocracia especial, en el fondo con cualquier persona que ustedes que usted se encuentre por acá, es hijo de un montañero. Aquí hay una cultura, una ética del trabajo, de la superación y un sentido de pertenencia grande, un orgullo a pertenecer a esta región, que bien llevado es positivo, porque eso es como tener un hijo o hija que tiene autoestima y tener autoestima es responder más rápido a las posibilidades, hay veces que se desvía y se convierte en una tontería que pasa a ser ridícula, sentirse especial porque somos de acá. Pero aquí, hay un sentido de pertenencia que hace que queramos la tierra y eso nos facilita que cuando vamos por el camino correcto, cuando vamos apostándole a algo que es una riqueza natural nuestra y es la capacidad, la inteligencia de la gente en términos coloquiales echado para adelante, ahí pasan cosas extraordinarias”.

(Sergio Fajardo en Blu Radio, mayo 29 de 2013).

En este capítulo, se hace una revisión del contexto de la Medellín a la que llega Sergio Fajardo como alcalde en el periodo 2004-2007. El objetivo es hacer una revisión de tres ejes seleccionados para poner en evidencia la incidencia del discurso de la antioqueñidad, tanto en la campaña como en la gestión de Sergio Fajardo como alcalde. En Medellín, y en general en el departamento de Antioquia, desde los años noventa, se empieza a hablar de una crisis cultural, económica, política y social generada por la violencia del narcotráfico y sus implicaciones. En la primera parte del presente capítulo, se revisa cómo esta crisis es incorporada al discurso de Fajardo. El segundo eje revisado, es su pertenencia a la élite antioqueña y cómo es apoyado por ésta. Finalmente, acudiendo a esa construcción que habla de los antioqueños emprendedores y con espíritu empresarial, se revisa cómo durante el periodo de gobierno de Fajardo, la ciudad es manejada como una empresa.

A este capítulo se traen las posturas desarrolladas en los capítulos anteriores, haciendo una revisión del discurso de Sergio Fajardo y la efectividad que tuvo en

su electorado. Se hará por medio de revisión de fuentes secundarias como periódicos, revistas y videos, en las que aparecen apartes de su discurso y las estrategias de su campaña. Posteriormente, se hace una evaluación de la favorabilidad de su imagen y los elementos de los que se valió para convertirse en el mejor alcalde del país en su periodo de gobierno. Como se dio cuenta en el capítulo uno, se retomará la idea de que Medellín ha sido una ciudad influenciada por un discurso que la quiere posicionar como sobresaliente en todos los aspectos, dentro de los cuales, el político no ha sido ajeno. El reto es cuestionar si las apreciaciones sobre la gestión pública de Medellín obedecen más a construcciones culturales fundamentadas en sentimientos regionalistas, que a evaluaciones “objetivas” de las buenas prácticas de gobierno.

3.1 Revisión de tres factores de antioqueñidad en Sergio Fajardo

En los capítulos anteriores, se revisó la construcción de los discursos identitarios en general, desde algunas perspectivas teóricas. Este es el momento de traerlas a un periodo específico y analizarlas a través del discurso y acciones de un personaje como Sergio Fajardo, las utilizó durante su candidatura y gestión de la alcaldía de Medellín en los años 2003- 2007.

Después de revisar las características de la “antioqueñidad” y ver que Fajardo no necesariamente se suscribía en ellas, no fue fácil, en un primer momento, identificar dichas características. Este es un hombre que no se formó en su ciudad natal, no es religioso ni acude dentro de su discurso al catolicismo, está separado y vivió por mucho tiempo en unión libre; dentro de sus propuestas o puntos de vista, no manifiesta tendencias conservadoras. Por ello, analizarlo como un típico antioqueño, no fue algo que surgiera de manera espontánea, contrario a otros alcaldes electos popularmente, en los que estos rasgos son evidentes de manera

inmediata.¹³ Sin embargo, después de revisar varios textos y de estudiar con detenimiento sus acciones y propuestas, se evidencia que acude a un discurso moralizador o de necesidad de retomar el rumbo de esa sociedad. Es de alguna manera la reivindicación de un pasado que mucha gente en Medellín parecía que necesitaba volver a oír y sentir.

Por otro lado, su pertenencia a las élites intelectuales y económicas antioqueñas que tenían y siguen teniendo como finalidad llevar “el progreso y la civilización” (Escobar, 2009) a los menos favorecidos, le da cierta legitimidad ante sus electores. Su apuesta como alcalde por una ciudad innovadora y pujante, lo acerca más a la visión de un gerente que a la de un político, retomando esa figura del antioqueño trabajador y de Medellín como una ciudad pionera. Su trabajo como burgomaestre estuvo fundamentado en ese discurso que propone, como en tiempos pasados, ser los primeros y los mejores.

3.2 Recoge el discurso de crisis por la que atraviesa la ciudad

Las altas tasas de desempleo, la delincuencia, el fortalecimiento del narcotráfico y posteriormente, el incremento de las violencias, fueron los síntomas de que en la sociedad antioqueña algo había entrado en crisis. Considerada como una crisis de regulación, debido a la ruptura de los modelos que en algún momento cohesionaron de manera efectiva este grupo social. (Franco, 2005. Alcaldía de Medellín, 2011). La pérdida de valores que enmarcaron tradicionalmente a dicha sociedad, empieza a darse desde la década del setenta¹⁴ y es una preocupación de la que dan cuenta los medios y la prensa regional:

¹³ Son los casos de Juan Gómez Martínez, Luís Alfredo Ramos, y el actual alcalde Aníbal Gaviria, quienes son formados en Antioquía, son católicos, hombres de familia y representan la clase política y empresarial tradicional, vinculados al periódico *El Colombiano*, al gremio lechero y al periódico *El Mundo*, respectivamente.

¹⁴ Durante esta década se dan los primeros asomos de narcotráfico en el país, con la notable presencia de Griselda Blanco y Pablo Escobar. El dinero fácil como antítesis del trabajo como forma virtuosa de “ganarse la vida”; la religión como forma de compensación moral, ante el

Desde una perspectiva voluntarista, algunos se inclinaron a afirmar que los nuevos sectores gobernantes y dominantes de la sociedad antioqueña carecían de proyecto político regional y que habían perdido su capacidad de visionar y direccionar los cambios económicos que se requerían. A este planteamiento le subyacía la nostalgia por un pasado glorioso en el que hubo una sociedad que funcionaba perfectamente, regida por una coordinación (armónica) de políticos y grandes hombres de negocios que profesaban un gran interés por lo público y defendían un proyecto cívico moralizador. Sin embargo, el estancamiento relativo de la región y la agudización de la conflictividad, no era una situación local sino parte de un proceso de transformación de la estructura espacial en un período de cambios económicos y políticos (Franco, 2005:151).

Como lo desarrolla Franco (2005), el proyecto político regional es entendido como un conjunto de prácticas hegemónicas, configuradas con referencia a la estructura política y a los sectores medios y subalternos de la sociedad, buscando con éstas institucionalizar las relaciones económicas y políticas, igual que la creación de las condiciones de reproducción y regulación, la preservación del poder político y económico. Esto se logra con el ejercicio del poder a través del *consenso* y la *coerción*¹⁵ de la misma forma como se hace con la construcción del discurso

sicariato y las masacres, en la que “el que peca y reza: empata” y la justificación de “sacar adelante la familia, así sea con mi pellejo”, son todas formas y voces que traducen las nuevas formas de concebir los valores, especialmente entre los más jóvenes. Un análisis detallado se puede ver en “*No nacimos pa’semilla*” de Alonso Salazar, texto que refleja de manera muy precisa estas nuevas realidades.

¹⁵ La primera, hace referencia a la forma como son interpretadas las transformaciones territoriales, económicas y sociales por la coalición dominante y qué discurso hegemónico se configura. Y la segunda, es el papel de la idea de pueblo-región en la cohesión de una sociedad escindida, teniendo en cuenta el mito fundante, el sentido de futuro, la igualación formal y la simbolización del interés general. (Franco, 2005)

identitario, como mecanismo de poder utilizado en Antioquia para mantener unos valores que, a su vez, buscan mantener el control de manera armónica:

[...] la coalición políticamente dominante construyó y difundió una narrativa centrada en la idea de la crisis moral de la sociedad regional. De esta forma, se definía o nombraba una ruptura en la historia de la región y al mismo tiempo, se construía ésta al proporcionar una interpretación, sobre el pasado (remoto y reciente) y el presente. A través de ese relato, que fue una forma inversa y paradójica de afirmación del mito de la magnificencia antioqueña; se afirmaba por ejemplo, que el reverso contemporáneo de ese pasado glorificado era el ocio, el enriquecimiento fácil, la depravación moral y la crisis de la familia. A partir de ello, se establecía que la división fundamental de la sociedad no residía entre grandes propietarios privilegiados y subalternos explotados, sino entre “prestantes y ejemplares ciudadanos” o “gentes de bien” y el submundo de criminales, traficantes e insurgentes (Franco, 2005:153).

Al hablar entonces de una ruptura de esos tradicionales valores morales, religiosos, cívicos y éticos de los antioqueños, se estaría proponiendo que las bases sobre las que se construyeron los grandes logros, de tiempos no tan lejanos, estaban en peligro por la presencia de una clase emergente que se alejaba de los principios de antaño. Estos parecían que ponían en peligro tanto los valores morales como la vida y la prosperidad del colectivo.¹⁶ Se hacía necesario, entonces, exaltar el trabajo y la riqueza como producto del esfuerzo y el ahorro personal, pues éstos eran valores con los que no contaban los

¹⁶ Es importante destacar que este discurso de antioqueñidad es una narrativa acogida sin distingo de clase social, política o económica. La pertenencia a esta colectividad por lo menos en cuanto a sus características, pareciera generar igualdad abstracta, de ahí, su éxito como mecanismo para organizar las relaciones de poder. Es un discurso efectivo en la medida que su activación depende de evocar propiedades que se asumen, aparecen de manera concertada.

nuevos ricos; ésta postura lleva implícito un discurso más que económico, clasista:

La crisis de la industria paisa de los años 70 se tradujo en una pérdida de hegemonía de las élites locales, lo cual, provocó no solo una erosión de los mecanismos tradicionales de control social, sino también una reapropiación particular de elementos de la 'cultura paisa' de los jóvenes sin empleo. Las élites antioqueñas tradicionales, abandonaron entonces, en la década del 80, la ciudad a su suerte; posibilitando así, que núcleos mafiosos se legitimaran popularmente, mediante la realización de programas de ayuda social [...].

El impacto social local del narcotráfico, fue entonces mayor, pues la consolidación del tráfico de cocaína, coincide con esa grave crisis social y económica de la industria antioqueña tradicional [...] la mafia antioqueña se ha sentido con derecho a disputar la hegemonía local a unas élites tradicionales que han abandonado su liderazgo; entonces, tenderá más a enfrentarse directamente con el poder estatal. (*Semana*, octubre 1994).

En los noventa, los intelectuales acogieron este discurso de la quiebra moral, debido a un periodo de transición propio de la urbanización. Plantearon, entonces, que era necesario reconstruir esa identidad que siempre los había caracterizado, en un proyecto capaz de cohesionar y restablecer el orden. La clase dirigente tenía como reto, reconstruir un nuevo proyecto ético y social; definir un nuevo orden que concibiera el ahora carácter urbano, pero fundamentado en una apuesta ética. Volver a tener un interés general o valores comunes recurriendo a la actualización de los mitos estructurantes de la antioqueñidad, porque esto permitía la cohesión de una sociedad obviamente más diversa (Gouëset, 1998). La idea era ejercer control a través del estigma y la estereotipia de los grupos sociales emergentes.

[...] cuando alguno de sus miembros se apartó de los valores compartidos y delinquiró, se produjo la reacción propia de un grupo cohesionado y con fuertes acentos moralistas: fueron excluidos y se les dificultó al mismo tiempo, la utilización de mecanismos de blanqueo del dinero ilegal (Restrepo, 2011:107).

Esa quiebra moral de la que se habló iniciando los noventa, era la manifestación de la necesidad de un nuevo modelo que acogiera las realidades de la ciudad, ahora entendida desde lo urbano, considerando que no es una característica única de Medellín, pues otras ciudades al enfrentarse a la crisis de modelos económicos, políticos y sociales propios de este momento histórico, también se vieron enfrentadas a problemas de toda índole (Betancur, 2001). Por ello, las nuevas configuraciones del poder local, debían ser redefinidas. Esta concepción de una sociedad propiamente urbana, tal como la entiende Franco (2005), en la cual, la reconfiguración del espacio, la reorganización de las estructuras de poder, la modificación de la función económica de la ciudad, en la que la dinámica de los conflictos violentos también llevó a la introducción de nuevos mecanismos de control social, generaban una ciudad que debía pensarse para responder a esos nuevos términos, sin abandonar la idea de una identidad apreciada como una potencialidad para el desarrollo, que les permita enfrentar de la mejor manera posible el futuro.

Como lo señala Durkheim (1978), una sociedad no puede crearse a sí misma sin crear al mismo tiempo, el ideal de sí misma. Así también lo plantea Naranjo (2001): una sociedad no está constituida sólo por los individuos que la componen, por el territorio que ocupan, por los elementos que utilizan o por los actos que realizan, porque lo que los configura principalmente, es la idea que tiene sobre sí misma:

De esa manera el pueblo-región continúa siendo imaginable desde dentro y reconocido desde su exterior, y sigue teniendo una capacidad extraordinaria de cohesión, al tiempo que excluye lo heterogéneo, lo disidente, lo que no encaja en el orden. La idea del pueblo-región es incluso convincente para aquellos que cuestionan hasta cierto punto, la inequidad y que desean competir por el control del aparato de Estado o ser integrados a éste (Franco, 2005:159).

Persistir en la idea de unos valores, es la forma de enfrentar la incertidumbre propia de los cambios. Pero las rupturas propias de los años noventa, gracias a los efectos del narcotráfico y la violencia, el nuevo orden constitucional y la globalización, generaron una crisis que pedía una ciudad competitiva, integrada al mercado internacional, equitativa, ambientalmente sostenible y segura; entonces, viene la propuesta de Antioquia “la mejor esquina de América” (Corporación Consejo de Competitividad de Antioquia:1999) y de ahí en adelante, todas las propuestas y políticas públicas que buscaban insertar al departamento y a su capital, en el nuevo modelo económico.

El Plan de Desarrollo de Fajardo, se centra en cinco líneas, que resultan ser consonantes con lo antes enunciado; las cuales, serán objeto de análisis más adelante. Hay necesidad de restaurar lo perdido, ya no desde la asociación a los logros mineros o a la colonización, sino desde hechos destacados más recientes como la industrialización, las grandes obras de infraestructura o el éxito de grandes empresarios como nuevas formas de confianza colectiva:

Con la minería, desarrollaron las habilidades; con el comercio, la visión de mercado y el manejo de negocios; con la colonización del suroccidente colombiano, la expansión del mercado, acumulación de capitales. Estos fueron los prerrequisitos de la industrialización de Antioquia, a la que contribuyó una clase obrera disciplinada y una

capacidad notable de asociación de recursos técnicos y económicos, expresados en la sociedad anónima (Molina, 2007:1).

Ante este nuevo panorama que se da en el país, en Medellín se presentan entonces, dos modelos de planificación y desarrollo: uno de ellos con un afán modernizador, centrado en la dotación y adecuación de la infraestructura para garantizar la integración al mercado internacional; mientras que el otro, con una visión social del desarrollo. Estas dos posiciones, no fueron excluyentes durante la campaña y la alcaldía de Fajardo, pues su discurso reunía de manera integral ambas posiciones.

El discurso de Fajardo caló en los habitantes de la ciudad, pues acudió a sus necesidades como colectivo, porque más que demandas de recursos, había demandas de bienestar, de poder disfrutar del espacio público, de inversión cultural y educativa. Tener una ciudad llena de lugares construidos por esa clase emergente a la que se ha hecho alusión, tiene su contraparte con la posibilidad de tener espacios públicos adecuados para todos. Además, la idea de tener una ciudad competitiva en la que todos podían participar y disfrutar gracias a una mejor y mayor educación, fueron partes de un discurso con el que logró seducir al electorado de la capital antioqueña, que anhelaba construir un nuevo modelo de ciudad.

Así las cosas, este discurso estuvo enfocado como propuesta en contrarrestar el efecto de la cultura mafiosa, íntimamente ligado al desprecio por lo social, comunitario o público; se buscaba generar un cambio de concepción frente al quebrantamiento de la norma, para obtener el mejoramiento individual: era necesario valorar los derechos de los demás. Medellín necesitaba un discurso que se alejara de esas características asociadas a una aculturación rentística, de ilegalidad y violencia (Camacho y Leal, 2001; Guzmán, 2001; Melo, 1995).

Por ello, su discurso se mantuvo distante de cualquier rasgo que tuviera que ver con política tradicional, por lo menos en apariencia, de ahí las particularidades de su campaña:

[...] la forma de hacer campaña fue completamente distinta a la forma tradicional, ya que se enfocó en acercarse a los ciudadanos, recorriendo a pie las calles de Medellín, parándose en los semáforos y subiéndose en los buses para hablar con ellos. Este contacto directo con la gente, permitió hacer un diagnóstico de los anhelos y esperanzas de los habitantes de la ciudad y diseñar una estrategia de gestión pública basada en escenarios de participación ciudadana y la defensa del interés público (Del miedo a la Esperanza: Fajardo, 2009).

La relación directa con el elector, como estrategia de campaña, ha sido un método que desplaza el interés de la plaza pública como mecanismos de encuentro entre el candidato y la ciudadanía, que en el imaginario popular, está ligado a los partidos tradicionales, los cuales en los noventa, se ven enfrentados a lo que Pizarro (2008) llamaría un clima de enorme incertidumbre frente a la posibilidad del derrumbe del sistema de partidos en Colombia¹⁷. Estos contactos inmediatos, que obedecen a estrategias más próximas al mercadeo que a la práctica política, hacen parte del quiebre de modelos proselitistas que demandan la urbanización, cuando la diferenciación de un producto, en este caso, el político de los otros políticos, lo llevan a adoptar mecanismos no

¹⁷ Eduardo Pizarro (2008) habla de la transformación del sistema colombiano de partidos, debido a la atomización partidaria y a las formas de representación política que también están atravesando por cambios. Plantea que dos o tres décadas atrás, los partidos tradicionales monopolizaban la inmensa mayoría del apoyo partidista, en todas las clases sociales había preferencia por el uno o por el otro, ahora solo se puede hablar de esa identidad en algunas zonas rurales o semirurales y entre las personas mayores; ahora el panorama está dominado por lo que él llama “microempresas electorales” es una atomización personalista. Bajo esta forma, los candidatos de todos los movimientos políticos o sociales, se autodesignan, diseñan sus campañas y organizan sus finanzas; los partidos se convierten en oficializadores de candidaturas. En consecuencia, este autor habla de microrepresentaciones en el panorama político, en los que cada candidato abarca un núcleo determinado de la población.

convencionales, como el de las grandes aglomeraciones. Tal como lo propone Manuel Castells (1999), la generación, el procesamiento y la transmisión de la información se convierten en las fuentes de la productividad y el poder, debido a las nuevas condiciones tecnológicas que surgen en este período histórico. Por su parte (Sartori, 2003) propone que en la actualidad, la nueva política es la del video, la imagen, la televisión, la Internet y la telefonía móvil.

En este sentido, el caso de Fajardo no es aislado, por el contrario, hace parte de una corriente que inicia Antanas Mockus en su primera campaña a la alcaldía de Bogotá, mostrándose como un académico alejado de las maquinarias políticas tradicionales, su campaña estaba fundamentada en la cultura ciudadana como fundamento de transformación urbana; continúa Enrique Peñalosa también en Bogotá, en el año 1997, y sigue Lucho Garzón con la “Ola Amarilla”, para las elecciones locales de 2003, y que se convierte en fenómeno masivo de orden nacional con la “Ola Verde”; en la más reciente campaña presidencial, todas como formas diferenciadoras de los partidos políticos tradicionales que, finalmente, terminan juntándose en el Partido Verde (Salazar, 2010). Sin embargo, siguiendo a Pizarro con relación al particularismos como nueva tendencia política “que se define como la aptitud de un líder político para promover su carrera por medio del apoyo de grupos sociales específicos y no a plataformas nacionales” (2008, 136), se evidencia la imposibilidad de éstos personajes de mantenerse unidos en un proyecto político.

Volviendo al caso específico de Fajardo, era necesaria una figura que se alejara de toda esa carga política tradicional, Medellín fue hasta 2003 una ciudad en manos de los partidos tradicionales “[...] [e]n donde a lo sumo, permitía rotaciones entre facciones de estas dos grandes tradiciones partidistas. La derrota en el 2003 del Partido Liberal Colombiano propinada por Sergio Fajardo, fue explicado

como un fenómeno de opinión, más que como una ruptura o quiebre del sistema político bipartidista en la ciudad” (Reina, 2007:1).

Pero no solamente fue el quiebre de la costumbre de los medellinenses de elegir a candidatos de los partidos tradicionales, también fueron las elecciones para alcalde con el más alto número de votantes en la historia: 455.468. Los 208.541 votos obtenidos por Fajardo, superan el total de las votaciones de 1988, 1992 y 1994 que eligieron a Juan Gómez, Omar Flórez y Sergio Naranjo, respectivamente, y con una gran ventaja al alcalde que más votos había obtenido antes que él, Juan Gómez en su segundo período de 1997, con 161.363 votos.¹⁸

Para enfrentar la crisis, era necesario hacerlo con un personaje que se percibiera alejado de todas las dinámicas que vivió la ciudad y, aunque en un momento fue cuestionado por vivir fuera de Medellín por un largo periodo, al final le generó una imagen favorable, porque en toda su campaña habló, una y otra vez, que el éxito de su propuesta, la de la transformación social, estaba en que obedecía a un proyecto político alejado de la clase política tradicional antioqueña. Tal como lo plantea el artículo “Fajardo, el hombre que arrolló a las maquinarias”, este tenía el desafío de devolverle a la capital de Antioquia el liderazgo que, según él, “[...] [l]e ha quitado la clase política que históricamente ha detentado el poder en Medellín”. Era necesario “[...] transformar la política. Si no tenemos la libertad para romper ese esquema tradicional de entregarle la ciudad a grupos de intereses particulares, Medellín nunca va a dar el salto” (votebien, 27 octubre 2003).

¹⁸ Tal como lo propone el derrotado candidato Jorge Vélez, Fajardo ganó porque manejaba el otro concepto, lejano al de la vieja política. El análisis que hace Jaime Ruiz, director del centro de estudios de opinión de la Universidad de Antioquia (UdeA), cuya última investigación mostraba un empate técnico entre los dos primeros, se arriesga a explicar que si bien Fajardo iba en ascenso, dos factores pudieron haber ayudado a su triunfo. Muchos líderes “se le bajaron del bus” a Mejía y a Vélez y en esa desbandada, se creó desconcierto entre sus seguidores y nadie sabe para “dónde pegaron”. Añade que el referendo pudo haberlo ayudado porque se presentó como una forma de combatir la vieja política. Fajardo era la imagen joven y muy representativa para los votantes jóvenes. En este sentido, el presidente de la junta de la Cámara de Comercio, plantea que el apoyo de la juventud fue notorio. Fue una gran masa joven la que eligió a Fajardo y eso los compromete con el devenir de la ciudad. Como un volver a creer de los jóvenes en la ciudad. (*El Tiempo*, 2003).

3. 3. Fajardo, élite económica medellinense

Sergio Fajardo nació en Medellín, proveniente de una familia católica, conformada por sus padres y cinco hijos, dedicados a la construcción. Su padre fue un reconocido constructor paisa, presidente de la Sociedad Colombiana de Arquitectura y decano de Arquitectura de la Universidad Pontificia Bolivariana, Raúl Fajardo Moreno (*El Colombiano*, 2012). Fundó en la década de los años 50 su primera compañía, Fajardo Vélez, y luego la que creó con sus hijos, Fajardo Moreno y Cía. S.A., en la que trabajó junto a sus hijos Rodrigo y Andrés. Entre los proyectos más reconocidos¹⁹ de su compañía, de la que fue su gerente y presidente, se destaca la construcción del edificio Coltejer, una de las mayores insignias de la industrialización antioqueña.²⁰

En esta parte se quiere resaltar que a pesar de que Fajardo pertenece a la élite económica antioqueña, y en sus intervenciones siempre reconoce lo privilegiado que ha sido, hay una característica que hace eco a lo planteado por Mills (1933) que propone, que las personas de élite pueden definirse a sí mismas, como personas naturalmente dignas de lo que poseen, como una élite natural de personalidad selecta, como individuos con un carácter moral más exquisito; lo cual, se constituye en una ideología de élite que encubre que su carácter y su pericia técnica, administrativa e intelectual, son un producto social.

¹⁹Otras de las obras emblemáticas que deja son: complejo Suramericana de Seguros, edificio Bancafé, edificio Coltabaco, centro administrativo La Alpujarra, edificio Colegio San Ignacio, edificio Formacol, edificio AV Villas El Poblado, edificio Banco de Occidente avenida El Poblado, edificio Corficolombiana El Poblado, edificio Forum, así como los centros comerciales Oviedo, Premium Plaza, City Plaza, Pinar del Río, Vizcaya y Edificio Atelier.

²⁰“Don Raúl, perteneció a una generación de profesionales que impulsó el desarrollo urbanístico de la ciudad, destacándose la construcción del edificio Coltejer, símbolo y referente de la ciudad. A don Raúl se le recuerda por ser un profesional con una ética a toda prueba, bondadoso, disciplinado, ecuánime y querido por todos”. Concejo de Medellín 2012. (*El Colombiano*, 31 de julio de 2012).

“Lo que me ha movido a mí desde que soy pequeño, es trabajar por lo que para mí fue un privilegio, sea un derecho, por una sociedad justa. Talento hay, lo tenemos por carga, lo que necesitamos es que se abran puertas para que se dé. Pero nos quedamos en el debería ser, quienes toman las decisiones más importantes son los políticos, pero no nos vamos a quedar entonces sin participar y así decidimos entrar, vamos por el poder y ahí vamos a decir, así se hace y no, así debería ser”. (Fajardo en Velásquez, 2008).

El papel de las élites, tanto económicas como intelectuales, en Antioquia ha tenido también una dimensión social que se ve reflejada en una incipiente, pero progresiva labor filantrópica en sectores como la salud, la educación y la cultura. Como lo plantea Escobar (2009), las élites tuvieron a su cargo a través de mecanismos de alianzas parentales, económicas y sociales entre los miembros distinguidos, la responsabilidad de elaborar las narrativas históricas que constituyeron los soportes de constitución del pasado como una experiencia colectiva compartida; con lo cual, se aseguraron el dominio sobre la memoria. La finalidad de estas élites intelectuales fue la de llevar "el progreso y la civilización" a los antioqueños.

El concepto de élites tomado es el de Jacques Coenen-Huther, que las define como “grupos de personas que ocupan posiciones estratégicas que les permiten ejercer una influencia perceptible sobre los procesos de toma de decisiones” (2004:15). Aplicado al caso de Antioquia, las élites se definen según la localización de los individuos en una estructura dada. En el ámbito empresarial, “las élites patronales están compuestas por el conjunto de los primeros ejecutivos de las organizaciones que en Colombia se llaman presidentes o gerentes generales” (Restrepo, 2011:78). Es preciso resaltar que esta denominación está mediada más

por la posición alcanzada dentro del ámbito empresarial, que por la pertenencia a familias tradicionales.

Este matemático de la Universidad de los Andes, por donde pasan muchos de los hijos de los grandes empresarios o personas adineradas de Medellín, reconocida como la más costosa del país; Máster en Matemáticas y Doctor en Matemáticas de la Universidad de Wisconsin–Madison, Estados Unidos, estuvo vinculado siempre a la academia y a las actividades relacionadas con ésta: “Entonces fue por cabeciduro, por atrevido, con un grupo de personas que dijimos: "vamos a participar". Al principio nos decían: "está loco. Tiene todas las condiciones, usted tiene la condición de profesor, de científico, algún día puede ser ministro [...]”(Fajardo en Velásquez, 2008).

“Yo era un científico, en mi mesa de noche tengo diez libros, siete empezados y es una angustia que uno en este tiempo no puede leer, tengo millones de libros al lado, mis hijos leen por cargas. Una de las condiciones que se necesita es leer, el que está enfrente liderando tiene que haber leído. Yo dejé las matemáticas solitarias, hace unos años tomé la decisión de participar en política. Se la pasan haciendo esfuerzos por tratar de transformar la sociedad, pero son esfuerzos como individuos, desde mi trabajo en el comité de maestrías, me la pasé haciendo gestión para que la gente pueda hacer lo que yo, porque yo soy un privilegiado, yo he sido una persona privilegiada en nuestra sociedad, en el sentido en que tuve las puertas abiertas enfrente para ser lo que he querido, ser un matemático” (Fajardo, 2011).

Fajardo llegó posicionando un discurso que veía en la educación la herramienta para superar las diferencias de la ciudad: “La educación tiene un problema gigantesco. Todo el mundo está de acuerdo, y eso es sospechoso. Todo el

mundo quiere mejorar la calidad de los maestros, de los alumnos, pero termina siendo de largo plazo; pero en política, el largo plazo no existe porque siempre nos lleva el afán de la política” (Del miedo a la Esperanza: Fajardo, 2009).

Las necesidades de los menos favorecidos debían dejarse oír, por ello, sus propuestas con un enfoque social, estaban sustentadas en ampliar la cobertura en educación al ciento por ciento; desarrollar un programa de cultura ciudadana para dar solución a los conflictos ciudadanos; mejora del espacio público para hacer de Medellín una ciudad en la que se pueda caminar y un agresivo plan de empleo con la promoción de 1.600 empresas en el período de su mandato. En una de sus entrevistas, aclaró que su campaña no es un proyecto populista: “Sergio Fajardo es respetuoso de las personas. Yo no voy a prometerles cosas inviables para ganarme un voto, sino cosas reales para hacer de Medellín, una mejor Medellín. El desempleo afecta a 253.000 personas, mientras 372.000 paisas están subempleados y ni siquiera alcanzan a devengar un salario mínimo. Está situación afecta especialmente a los más jóvenes y entre ellos, a los más pobres. Especialmente, porque quienes viven en barrios conocidos como violentos, pocas opciones tienen de conseguir un trabajo” (votebien.com, 29 octubre 2003).

3.4 Gerente de Medellín

Sergio Fajardo llega a la alcaldía de Medellín²¹ para el periodo 2004-2007 con la más alta votación registrada hasta ese momento, 208.541 votos. Aunque se habla de la votación más alta que había sacado un alcalde por elección popular, es

²¹Medellín es la capital del departamento de Antioquia. Según el Documento Técnico de Soporte para el Plan de Ordenamiento Territorial, Medellín cuenta en 2013 con una población de 2.721.894 habitantes, lo que la hace la segunda ciudad más poblada de Colombia. La ciudad está distribuida político-administrativamente en dieciséis comunas y cinco corregimientos. Tiene un total de 249 barrios urbanos oficiales. Económicamente, es uno de los principales centros financieros, industriales, comerciales y de servicios de Colombia, primordialmente en los sectores textil, confecciones, metalmecánico, eléctrico y electrónico, telecomunicaciones, automotriz, alimentos y salud.

importante considerar que de 1.002.684 posibles votantes en la ciudad, votaron 427.746 personas, lo que representa el 45.52%, de las cuales 14.094 lo hicieron en blanco. Con ello, estamos diciendo que cerca del 55% de los medellinenses no participan electoralmente.

“Yo nunca en mi vida había tenido un cargo público, a mí me decían profesor para bajarme de categoría. Me decían, la ciudad lo que necesita es un gerente, además en la tierra nuestra, que somos bien regionalistas, paisa, así se llaman los antioqueños. Yo había vivido mucho tiempo en Bogotá y me decían cómo va a ser alcalde de Medellín un profesor bogotano” (Congreso Arquine, Fajardo, 2011).

No fue inmediatamente que Fajardo llega a este cargo. En la campaña del 2000 se había presentado como candidato, sacando cerca de sesenta mil votos, con los que logró visibilidad política en la ciudad y en la cual, sale electo Luis Pérez Gutiérrez. Fajardo se quedó en la ciudad y se vinculó a medios masivos de información, fue subdirector del periódico más tradicional e importante de la ciudad, *El Colombiano*; fue presentador de programas de televisión, en el canal regional Teleantioquia. En 2003 emprende una nueva candidatura con su movimiento Compromiso Ciudadano.

La primera vez que salimos en una encuesta y que yo vi mi nombre: "Alcaldía de Medellín, Sergio Fajardo, cero por ciento". Ese día fue cuando más volantes repartimos. Y así fuimos avanzando. Entonces fue de atrevidos, de superar todos los obstáculos, pero con una coherencia absoluta. Segunda campaña, seguimos. No le pedimos un puesto a nadie, absolutamente nada, sino que seguimos exactamente con la misma filosofía. Nunca ganamos una encuesta. Faltando una semana, nos dijeron que hubo un empate técnico. Y le sacamos cerca de ciento diez mil votos al que quedó de segundo. Lo hicimos con la

votación más alta en la historia de esta ciudad. Pero fue, repito, por atrevidos, por creer en lo que estábamos haciendo, por hacerlo con convicción y con pasión, y establecimos una forma distinta de hacer la política” (Fajardo en Velásquez, 2008).

Una vez llega a este cargo, empiezan los medios a dar cuenta de sus particularidades, que aquí se analizan a la luz de un hombre formado con una tradición antioqueña de hombre de negocios, como lo llamaría Restrepo Santamaría (2011) de gerente, perteneciente a las élites patronales de Antioquia. Lo caracterizan como un hombre madrugador, que pareciera ser un atributo que posesiona a los buenos gobernantes ante sus electores; se viste sin mayores formalismos. Contrario a sus antecesores vestidos de “cachaco”, como se denomina en Antioquia al traje formal de saco y corbata, él siempre tiene jeans y una camisa; no toma notas y siempre tiene en su cabeza una cifra que aterriza su discurso sobre la Medellín moderna que quiere. A sus 47 años, Sergio Fajardo asume el reto de devolverle el dinamismo a la capital de Antioquia.

Varias notas periodísticas hacen alusión a que es separado y vive con su novia Lucrecia Ramírez, una reconocida psiquiatra de la Universidad de Antioquia; que sus dos hijos, del primer matrimonio, viven en Bogotá. Esta fue la semblanza de la persona que estaba presente en el imaginario de los medellinenses con respecto a su nuevo alcalde. Su discurso como político era el de un hombre alejado de las maquinarias, con el compromiso de devolverle a Medellín el liderazgo que siempre la caracterizó y así generar credibilidad en la gente con sus logros:

“Llegamos al poder, con la idea de que el fin no justifica los medios, al contrario, son los medios los que justifican el fin de cómo llegue al poder, porque de la misma manera será la gestión. No se puede perder un solo peso, por eso necesitamos ir contra el clientelismo que es la entrada a la corrupción. Nuestro capital político fue la confianza que

nos ganamos caminando cada esquina de la ciudad, “nos pusimos la ciudad en la piel, en el corazón y en la razón”. Yo conocí todas las esquinas de Medellín, pero no caminamos con carros blindados, escoltas, como “quiten que llegaron estos”, no; teníamos la ciudad en la piel, saber en cada esquina a que huele, cómo son las personas, qué están soñando; en el corazón, querer profundamente lo que estamos haciendo y en la razón, estudiarla con todo el rigor” (Congreso Arquine Fajardo, 2011).

Para demostrar que era consecuente con su discurso de alejarse de las maquinarias politiqueras, conformó un equipo en apariencia alejada de éstas, pero haciendo una revisión del perfil de cada uno de los secretarios de gabinete, se puede evidenciar que son personas vinculadas con los sectores económicos más importantes de la ciudad y aunque tal postura fue cuestionada por la falta de experiencia en administración pública, él insistió en que “la manera en que estamos adelantando esta campaña, sin compromisos politiqueros, nos dará la posibilidad de gobernar con los mejores”. Sin embargo, recibir el apoyo de Bernardo Guerra, senador liberal, es una muestra del pragmatismo de la campaña de Fajardo quién, a pesar de ello, reiteró que su campaña está abierta a aquellas personas que quieran trabajar por la ciudad, que aporten ideas, "pero que no esperen que les devolvamos a cambio, contratos o puestos". (votebien.com, 27 octubre 2003). Para Orjuela (1993), los gobernantes contemporáneos enfatizan en su ejercicio administrativo, en acciones pragmáticas de efectos cortoplacistas que resultan más populares que las transformaciones de largo plazo, aún por encima de ideologías o de partidos.

Desligarse de las viejas prácticas de la administración pública y la cultura burocrática trae como nueva propuesta de gobierno, implementar un modelo gerencial que pareciera proponer que la administración de la ciudad debe ser como la de cualquier empresa, cuyo propósito es la obtención de la satisfacción

del cliente y su énfasis está en los resultados. Por tanto, este nuevo modelo de gobierno, está centrado en la producción de bienes y servicios públicos de alta calidad y para desarrollarlo, necesita más que secretarios de gabinete, directores de departamento. Los perfiles que buscó para sus colaboradores “son personas honestas, con conocimiento y sensibilidad social” (Del Miedo a la Esperanza: Fajardo, 2009), lo cual supuestamente, suponía el éxito de la gestión.

La percepción del éxito de su campaña y gestión como alcalde, estuvo sustentada, según una de las personas entrevistadas, en que Fajardo se valió de:

Escándalos de corrupción de sus antecesores y desgaste de la opinión de los políticos tradicionales. Búsqueda de votos entre nichos voluminosos y con poca historia de participación en elecciones. Apoyo de los medios de comunicación locales y nacionales. Propaganda bien dirigida. Gestión de recursos adicionales a través de fuentes de cooperación externa. Con respecto a su gestión [...] se debe resaltar que logró la visibilización de minorías y necesidades alternativas de los ciudadanos -educación, entretenimiento, expresión artística- identificación de fuentes importantes de financiación. Alianzas estratégicas de la ciudad y posicionamiento internacional con imaginarios alternativos. Infraestructura para la educación, la lúdica, el entretenimiento y la expresión artística.

En este sentido y revisando sus políticas, podría considerarse como un estudio de mercado desde lo antioqueño, llevado al discurso. Claro, las formas modernas de gobernabilidad se enmarcan en mecanismos más cercanos a la gerencia de un ente privado que al ejercicio de la política y en esa medida, el resultado es el propuesto por Orjuela, que dice que la crisis de legitimidad lo que provoca es que “la tecnocracia desplaza a la democracia como forma de coordinación y adopción de decisiones sociales” (2003:120) en el mismo sentido, plantea que esa

tendencia al desarrollo autónomo, termina afectando al sistema político cuya función es asegurar la coordinación intersistémica de la sociedad.

Antes de tomar posesión de su cargo, Sergio Fajardo conformó un gabinete más de corte ejecutivo, con personas de amplia experiencia y reconocimiento en los sectores privados, académico y social, pero figuras poco conocidas en el mundo de la política; sus funcionarios debían cumplir con un criterio de selección imprescindibles para él: “honestidad, conocimiento, pasión y una alta sensibilidad social” (Del Miedo a la Esperanza: Fajardo, 2009). En este equipo, se encuentran periodistas, economistas, arquitectos, ingenieros, abogados y matemáticos, quienes ocuparán las secretarías principales del municipio. “Los elegidos vienen de sectores de la ciudad que pocas veces habían tenido acceso al poder local. Las ONGS, universidades y, en general, los sectores sociales independientes, tendrán gran importancia dentro del gobierno de Fajardo. Personas relacionadas con el sector empresarial de la ciudad (El Tiempo, 15 diciembre 2003). Es esa autoadjudicación de autoridad moral que se desarrolló anteriormente a partir del Mills, la que le permite posicionarse como un ser transparente, contrario a quien pertenece a las viejas corrientes políticas.

Con este gabinete, más cercano a la administración de una empresa que a la de un gobierno territorial, se consolida una visión gerencial proclive a asumir las decisiones políticas con una lógica de mercado, eficiente y eficaz, la cual fue legitimada por la ciudadanía. De esta manera, se mantiene una relación que se ha presentado en Antioquia, “[...] donde sí se dieron con frecuencia desplazamientos individuales fue entre el sector privado y la administración pública y viceversa, en la que podría llamarse una práctica de circulación de las élites, estimulada por la existencia de un consenso de valores entre ellas y, en algún grado, por cierta homogeneidad de formación de los individuos”. Restrepo (2011: 87). Entonces, la relación de empatía entre un “empresario político exitoso”, en términos de Gutiérrez Sanín (en Reina, 2007:38) y un espectro social específico, que para el

caso de Medellín, demandaba un gobernante con visión gerencial, explica en parte, el éxito Fajardo en el año 2003.

Es evidente que Fajardo había escuchado con atención que lo que Medellín necesitaba era un gerente o al menos, logra articular los imaginarios sociales para que así lo pareciera. Por ello, su equipo de trabajo estaba conformado por profesionales del sector empresarial, la mayoría pertenecientes al sector privado:

Pérez [alcalde saliente] recibió en su despacho a Fajardo, al ex presidente de la ANDI y gerente del empalme, Carlos Arturo Ángel y a Rafael Aubad, quienes le entregaron un formato en el que se esperan (sic) se consigne la información que requieren para realizar el empalme. (*El Tiempo*, noviembre 2003).

Una vez ganadas las elecciones, listo el equipo de trabajo y el discurso que querían escuchar los medellinenses, había que definir el rumbo de la ciudad. Era necesario la cohesión de la sociedad medellinense y Fajardo lo hizo a través de un discurso que combina lo racional y lo emocional: “La bomba que nos puso el narcotráfico en nuestra ciudad, estremeció los cimientos de nuestra sociedad y eso hay que tenerlo claro para entender el problema” (Del Miedo a la Esperanza: Fajardo 2009). Racional, en la medida que se le apostaba a un nuevo modelo de ciudad competitiva, una ciudad de servicios; y emocional, porque recurría a la necesidad de sus pobladores de escuchar que después de todo lo que habían vivido con la violencia, se abrían nuevas posibilidades para retomar el rumbo de la ciudad líder que siempre los había caracterizado “del miedo a la esperanza”. “En las reuniones, Fajardo siempre nos decía que si Medellín en algún momento había sido reconocida como la capital industrial del país, ahora iba a ser reconocida como la capital del conocimiento, la innovación y el emprendimiento” (Diego Corrales, colaborador de la campaña a la alcaldía).

En el año 2004, cuando Sergio Fajardo asumió la alcaldía de Medellín, dio continuidad a su mensaje de campaña al enfatizar que su objetivo principal era transformar la capital antioqueña, a través de la educación, el emprendimiento, la innovación, la renovación urbana y la cultura.

El Plan de Desarrollo “Medellín. Compromiso de toda la ciudadanía” estuvo enmarcado en esta dinámica. La ciudad tenía que acoger las dinámicas nacionales e internacionales de un nuevo modelo económico; por ello, sus políticas debían suscribirse en este horizonte. Los componentes que propone esta iniciativa, acuden al ciudadano como medio y como fin para lograr transformar la ciudad: “Medellín es una ciudad con importantes potencialidades y fortalezas para enfrentar los retos del nuevo siglo; la clave para superar estos retos está en cada uno de los habitantes de esta ciudad” (Plan de Desarrollo 2004-2007). Con esta propuesta, estaba abordando dos de las necesidades ofrecidas por la globalización. De un lado, el afán modernizador que garantizara la integración al mercado internacional y del otro, una visión social del desarrollo. Por ello, sus cinco líneas claves:

La primera, “Medellín Gobernable y Participativa” para fortalecer las relaciones de solidaridad, vigorizar una cultura de la convivencia, crear más sociedad. Segunda, “Medellín Social e Incluyente”, crear las condiciones para que todos los habitantes de la ciudad puedan acceder a los servicios educativos, a la prevención y atención en salud. Tercera, “Medellín, un Espacio para el Encuentro Ciudadano” buscando que el territorio en sus dimensiones de espacio público y de vivienda, constituya un hábitat que dignifique a quienes desarrollan su vida diaria. Cuarta, “Medellín Productiva, Competitiva y Solidaria” busca recuperar el espíritu emprendedor y la capacidad de generar riqueza con el trabajo productivo, organización productiva eficiente, dinámica y competitiva. La última línea “Medellín Integrada con la Región y con el

Mundo” para proyectar internacionalmente la ciudad articulando los procesos económicos, sociales, políticos y culturales. Y el desarrollo regional con oportunidades de inserción de la región en el contexto mundial de negocios y de cooperación internacional. (Plan de Desarrollo, 2004-2007).

En sus cuatro años como mandatario, su gestión estuvo enfocada a la seguridad y la educación, sus políticas se centraron en la construcción de edificios públicos en las zonas más pobres de la ciudad, considerando que esto eliminaba el miedo relacionado con estas zonas. En sus palabras, permite “conectar partes de la ciudad”. Trató de cambiar el paradigma de la cultura política de la ciudad a través de "Medellín, la más educada", que buscó legitimar a través del discurso de la transparencia en la política y los beneficios sociales a los más pobres, como mecanismo para asegurar su participación e integración a la ciudad. Del mismo modo, la ampliación de un programa de urbanismo social para fortalecer el trabajo con jóvenes vulnerables, esto era “construir su talento” y la creación de oportunidades, mediante el aumento de fondos para la educación y la innovación.

“Desde 1994, la Cámara de Comercio viene hablando de competitividad, pero no hemos sido capaces de asumirlo como proyecto político, porque eso exige la coordinación entre universidad, empresa, sector productivo y Estado. Estamos en una época de transición y en ese sentido, tenemos que ver que fortalezas tenemos acumuladas en nuestro aparato productivo, la respuesta está clara: textiles y confecciones son claves y según el SENA, hay que capacitar a 12.000 personas en ese sector. Ahora bien, si Medellín no avanza en el tema de convivencia, nunca va a ser competitiva” (Sergio Fajardo, citado en *El Colombiano*, 15 octubre 2003).

En su discurso, la palabra pobreza o cualquier consecuencia de ella, fue repensada y vista desde un punto de vista optimista, era necesario que se percibiera como un Estado actuante; por ello, el Banco de los Pobres para el microcrédito, se empezó a llamar en su administración, de las Oportunidades; además, se implementó para los desempleados, el subsidio para el pago de los servicios públicos, quitándole con esto, utilidades a Empresas Públicas de Medellín, empresa símbolo de las administración pública antioqueña.²²

Sumado a lo anterior y como buen empresario, era necesario mostrarse como defensor de los recursos públicos que además sabe cómo optimizarlos, no sólo era importante hacerlo, más importante era darlo a conocer en cada una de sus intervenciones:

Es dos billones de pesos [refiriéndose al presupuesto de Medellín] ustedes sí saben [estudiantes del TEC] que son dos billones, pero la mayoría no saben que es dos billones, yo les digo que es un 2 con 12 ceros. El 10% de 2 billones de pesos le quitamos un cero, nos quedan 200 mil millones y digamos que si se hubieran robado el 10% del presupuesto de Medellín de 2007, no habría ni un parque biblioteca en la ciudad y si se hubieran robado el 15% o el 20%, no habría ni

²²Al día siguiente a las elecciones del 26 de octubre, el Alcalde electo, Sergio Fajardo Valderrama, estimuló públicamente la creación de Comités de Desarrollo y Control Social con el propósito de que participaran en el proceso de conformación de la nueva junta directiva de EPM y convocó a los gremios económicos y empresariales para que, por su lado, postularan candidatos a la junta directiva, enviando las correspondientes hojas de vida. De los 260 candidatos de los gremios, escogió cinco miembros, los que los Estatutos llaman “dos terceras partes designados libremente por el alcalde”. Pero luego, se presentó el muy curioso caso de que gremios como la Cámara de Comercio, la Lonja de Propiedad Raíz, la Federación Nacional de Distribuidores de los derivados del petróleo (Fendipetróleo) y otros, igualmente poderosos, quienes ya habían presentado candidatos en primera instancia, convocaron a asambleas para constituir comités y participar, en segunda oportunidad, ahora como Vocales de Control. De este modo, el Alcalde Sergio Fajardo Valderrama, integró una junta directiva con nombres sólo de empresarios y voceros de poderosos gremios económicos, eludiendo el cumplimiento del mandato legal que lo obligaba a dar representación a los verdaderos voceros de los usuarios en la junta directiva de EPM. El 85% de los usuarios de EPM son de estratos 1, 2 y 3, y no tienen quien los represente. No es demócrata quien elude dar representación a tan abrumadora mayoría, además de que la ley ya fue suficientemente antidemocrática al dar sólo un tercio de la junta para más de cuatro quintas partes de los usuarios (MOIR, 2004).

parques bibliotecas, ni Parque Explora, ni Jardín Botánico, ni colegios. A los que les gusta robar les gusta no sólo el 10, les gusta el 15%, 20% y les gusta robar todos los años, que es lo que ha hecho la corrupción; la corrupción no nos deja soñar, esto se podría hacer en todas las ciudades de Colombia y tan bonitos como éstos o mejores, pero los corruptos nos han robado la capacidad de soñar (Del miedo a la Esperanza: Fajardo, 2009).

Este discurso y su puesta en práctica, lo hicieron merecedor de un índice de popularidad del 90% en la ciudad y calificaciones a la confianza y gestión por encima de 4,0 (Medellín como Vamos: 2008). Fue reconocido como el mejor alcalde del país, otorgado por la Fundación Colombia Líder. Además, al terminar su alcaldía, fue reconocido con varios premios entre los que se destacan el de “personaje del año en Latinoamérica” premio que otorga el Financial Time Business. Fue reconocido como personaje del año por el periódico *El Colombiano* durante los años de su mandato, 2004, 2005, 2006 y 2007.

A la luz de lo revisado en los apartes anteriores, es importante destacar que el periodo en el que Fajardo recibe su alcaldía, la ciudad atraviesa por un momento crucial, que si bien estuvo generado por una política nacional, Medellín tuvo particularidades que terminaron incidiendo en la gestión de este personaje y se revisan a continuación.

CONSIDERACIONES FINALES

Este ejercicio académico más que concluyente, es el punto de partida para profundizar sobre la construcción de los discursos de identidad y su incidencia en la participación política. En las siguientes páginas, se hará una exposición de los principales encuentros, contribuciones, limitaciones y las nuevas líneas de investigación que deja abierto este ejercicio. Es preciso en este momento final, considerar que esta tesis tiene como antecedente, la realizada para optar al título de antropóloga de la Universidad de Antioquia. En ese entonces, me cuestioné sobre la acogida de nuevas propuestas culinarias en la ciudad de Medellín. Hoy, unos años más tarde, me sigo cuestionando por un tema, que aunque pudiera parecer diferente, en el fondo gira sobre las mismas consideraciones.

Se mantiene el interés en aproximarse a las características de una comunidad cargada por un sentimiento de regionalismo, el cual termina afectando todas las dimensiones sociales. En su momento, fue la cocina; hoy, son las relaciones de poder. La revisión de la incidencia del discurso identitario antioqueño se centra en la estructuración del significado social como acto político.

La pregunta de investigación sobre la incidencia de este discurso en la participación política, más que responderla de manera definitiva, lo que buscaba era confirmar una intuición. Estar convencida de que el regionalismo en Antioquia, más específicamente en Medellín, hace que desde éste se pueda entender la efectividad de un discurso que cohesiona y controla la vida social de esta ciudad, me permitió orientar la investigación. Esta propuesta se estructuró con fundamento en la pregunta que guió el proceso, destacando los elementos más importantes que surgieron en este recorrido por los imaginarios de los medellinenses, que pretenden aportar al estudio de las identidades y prácticas políticas de esta población.

La diferenciación entre la política y lo político, a partir de autores como Mouffe, Arendt, Lefort, y Poulantzas; entendiendo la primera como la institucionalidad y la segunda como la dimensión de las relaciones de poder, en su sentido más amplio, permitió establecer una relación entre estos dos elementos, encargados de generar, en su articulación, las particularidades de los contextos políticos. La elección de un representante, la forma en que se da la participación electoral, la evaluación de la gestión, entre otras; son expresiones propias del quehacer de la política, pero no por ello, puede hablarse que se den de manera idéntica en todos los contextos. En este sentido, se entendieron como una parte del entramado que constituye la vida social, como una forma de aproximarse a las particularidades culturales que orientan la actividad política en Medellín, en el momento específico en el que Sergio Fajardo fue alcalde. En todo caso, los fenómenos sociales no son estructuras neutras, de ahí, la revisión de los esquemas de las relaciones sociales en las cuales se hizo énfasis a partir del ejercicio práctico de la política, representada en la elección y ejecutorias de Fajardo.

En muchos momentos, sentí que el personaje objeto de estudio, no respondía a estos imaginarios. Fajardo no necesariamente se suscribía a esos valores propios de la identidad antioqueña. No fue fácil, en un primer momento, identificar dichas características. Este es un hombre que no se formó en su ciudad natal, no es religioso ni acude dentro de su discurso al catolicismo, está separado y vivió por mucho tiempo en unión libre; dentro de sus propuestas o puntos de vista, no manifiesta tendencias conservadoras; además, era un académico joven que nunca había participado en política.

De todas maneras, el conocimiento construido en torno a la elección de este personaje como alcalde, permite concluir que es necesario superar las aproximaciones unidimensionales que buscan reducir la política a lo social o a alguna de sus dimensiones. Más bien, se trata poner de relieve la relación mutuamente constitutiva entre la política y las prácticas sociales, en la medida que

la política y la organización de ésta, expresan relaciones sociales, a la vez que éstas inciden sobre aquella.

Estas consideraciones, nos ponen atentos a la complejidad de lo social y ante el riesgo simplificador de los grandes esquemas teóricos. Ante esto, en el presente trabajo se consideró que el contexto cultural, más que dar cuenta de causas o determinaciones, debe proporcionar con su análisis, las condiciones, las formas y las modalidades de emergencia de este fenómeno. El contexto cultural, mediado por un discurso identitario en este caso, es el complemento para entender las configuraciones de poder. Las prácticas sociales son discursivas en la medida que las cosas adquieren significado para una población al aparecer como referentes en su cotidianidad, de ahí su carácter relacional con la identidad.

En razón a lo planteado, di cuenta de una aproximación a las particularidades que se tejen en Medellín con respecto a la configuración de las relaciones de poder, en las cuales, hay una estrecha proximidad entre los sectores económicos y la clase política. Llegando a la conclusión que es a través de esta última, cómo se fortalece una cohesión que, en este caso específico, se materializa en la construcción de un discurso identitario sobre la “antioqueñidad”.

La identificación de un constante discurso identitario que exalta la idea de la antioqueñidad como característica, plantea entonces que las identidades se construyen bajo formas narrativas y que, por tanto, ese proceso pertenece al campo de la configuración de imaginarios, sin perder de vista la singularidad, tal cual se aprecia en los apartes de las entrevistas, pues no todos los paisas consideran que tienen características excepcionales, ni todos piensan que son los únicos trabajadores y emprendedores; asumen posiciones críticas frente a esa homogenización, que más que benéfica, consideran dañina. Por ello, este estudio para evitar caer en posiciones homogenizantes, acudió a formaciones identitarias concretas con respecto a la participación política en un periodo específico. Para

hacerlo, el trabajo no se quedó en las narrativas de la identidad, sino que profundizó en cómo estas entraban en acción a la hora de elegir un candidato.

El éxito de Sergio Fajardo en Medellín, estuvo precisamente anclado en este aspecto. No fue necesario que hiciera alusiones reiteradas al tema de la antioqueñidad, ya que algunos de sus tropos operaban implícitamente en su discurso de la educación y la adecuación de espacios, con infraestructura incluyente. Fajardo, generó en los habitantes de la ciudad, necesidades como colectivo, porque más que exigencias de recursos, se incentivaron demandas de bienestar, de poder disfrutar del espacio público, de inversión cultural y educativa; retomando la idea de devolverle a la ciudad, su condición de pionera y así, dejar el rezago impuesto por la violencia y la inequidad. De esta manera, las identidades no se agotan en las explicaciones de los entramados y procesos en las cuales éstas surgen, ni se limitan a las narrativas sobre las mismas: de ahí que en este ejercicio, se hable de la densidad de las prácticas de la identidad y sus superposiciones con las narrativas.

A lo largo de los capítulos, se dejan ver las formas específicas de la construcción del discurso de la antioqueñidad y cómo éste ha permeado las dinámicas económicas, políticas y sociales, con la imposición de unos valores que indiscutiblemente, resultan convenientes para las élites. La efectividad de imponer la pujanza y la promoción social como valores compartidos, beneficia indiscutiblemente al sector económico; la prevalencia de la familia como institución, favorece el control social; la cohesión de sus gentes alrededor de un discurso, que aún sigue hablando de “raza antioqueña”, permite una mayor maleabilidad como colectivo.

También se hace un recorrido histórico del último siglo, mostrando las trayectorias que han reconfigurado las prácticas y esos imaginarios de los antioqueños. Hoy, los referentes son distintos a los de esa sociedad rural de hace apenas unas

décadas. Se dejan ver las tensiones y los antagonismos a los que como colectivo se enfrentan; por ejemplo, Mon y Velarde, a finales del siglo XVII, los describe como ociosos y miserables. La negación de la presencia negra, porque su orgullo está en su supuesta blancura. Pero la práctica de la minería que se consolidó en el siglo XIX, trajo consigo gran presencia de pobladores negros, los cuales siguen siendo asociados a la periferia. Otra tensión se plasma desde la década del setenta del siglo XX hasta hoy, con el narcotráfico y la cultura mafiosa que hicieron tambalear todo lo construido. Esa “pérdida de valores” que enmarcaron tradicionalmente a dicha sociedad, convocó a las élites a recuperarlos y a la clase política a reivindicarlos.

Pensando las identidades como taxonomías útiles para concebir y ordenar el mundo, aquí son tomadas como una dimensión del poder que Fajardo incorpora dentro de su discurso, respondiendo a lo que sus posibles electores necesitaban escuchar y con base en éstas, intervino en su ciudad. Edificó expresamente una ciudad y reconstruyó implícitamente una sociedad que demandaba la recuperación de unos valores tradicionales, asumiendo una postura más gerencial que política, apoyado en los grandes grupos económicos a los cuales pertenece. Con esto, logra proyectarse como político con influencia en el devenir actual del departamento, incluso del país.

Tratando de no caer en lugares comunes de que la antioqueñidad no es una identidad construida, que no es esencial ni inmutable, se hizo una aproximación genealógica de la antioqueñidad que se constituye dominante como construcción social, para mostrar su configuración y la manera como la participación política se articula e incide en aquella, contemplando que los imaginarios y experiencias de los actores sociales, se estructuran en las políticas de representación y en su estructura de sentimientos.

Para este trabajo, el discurso de la antioqueñidad es un punto de articulación de las diferentes instancias de la sociedad y sus instituciones políticas, no con ello se está diciendo que sea el único. La política tiene dinámicas propias que podrían explicarse desde otros enfoques o teorías, bien sea desde la teoría normativa, el institucionalismo o las teorías de elección racional, en todo caso, las relaciones de poder cualquiera que sea la perspectiva desde la que se les considere, debe tener presente las subjetividades que se construyen socialmente y cómo éstas entran a constituirse políticamente a partir de sus particularidades. Siempre queda la sensación de que preguntarse por aquellos que no van a las urnas, que no asisten a reuniones políticas o que no evalúan a sus gobernantes, también son parte del colectivo, de otro modo. Queda abierto entonces este como un campo de investigación para futuras investigaciones de los Estudios Políticos.

BIBLIOGRAFIA

- Alcaldía de Medellín-BID. 2011. Medellín, transformación de una ciudad. Modelo de buen gobierno y desarrollo social integral. Medellín
- Almond, Gabriel y G.B. Powell.1972. *Política Comparada*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Alonso, Manuel Alberto y Valencia, Germán Darío. 2008. Balance del proceso de Desmovilización, Desarme y Reinserción (DDR) en los bloques Cacique Nutibara y Héroes de Granada en la ciudad de Medellín. *Estudios Políticos* (33): 11-34.
- Álvarez, Víctor. 1983. Entre la Historia y la Antropología. A propósito del origen africano del negro antioqueño, 1590-1740. *Boletín de Antropología* (17): 18-38.
- Anderson, Benedict. 1993. *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica. 157 p.
- Appelbaum, Nancy P. 2007. *Dos plazas y una nación: razas y colonización en Riosucio, Caldas 1846-1948*. Bogotá: ICANH.
- Arcilla, María Teresa. 2006. Elogio de la dificultad como narrativa de la identidad regional en Antioquia. *Revista Historia Crítica*. (32): 38-67.
- Bayardo, Rubens. 1999. *Antropología, identidad y políticas culturales*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- Betancur, María Soledad. 2001. "La visión de la elite empresarial antioqueña y la crisis hegemónica". En: *Globalización: cadenas productivas & redes de acción colectiva: configuración territorial y nuevas formas de pobreza y riqueza de Medellín y el Valle de Aburra*. Medellín: Instituto Popular de Capacitación.
- Bobbio, Norberto, et al. 1987. *Diccionario de política*. México: Editorial Siglo XXI.
- Botero, Fernando. 1996. *Medellín 1890-1950: historia urbana y juego de intereses*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Castells, Manuel. 1998. *Paraísos comunales: identidad y sentido en la sociedad Red. La era de la información: economía, sociedad y cultura* Vol. II. Madrid: Alianza Editorial.
- _____. 1999. Globalización, sociedad y política en la era de la información. *Análisis Político* (37).
- CINEP. 1998. *Colombia país de regiones*. Tomo I Bogotá: CINEP..

- Comisión de Estudios sobre la Violencia. 1992. "Violencia organizada". En: *Violencia económica, la crisis contemporánea en perspectiva histórica*. pp. 261-272.
- Coenen-Huther, J. 2004. *Sociología de élites*. Armand Colin.
- Cruces, Francisco y Ángel Díaz de Rada. 1995. "¿La cultura política, es parte de la política cultural, o es parte de la política o es parte de la cultura?" Ponencia presentada al XX Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, ALAS. Ciudad de México del 2 al 6 de octubre.
- Durkheim, Emile. 1978. *Las reglas del método sociológico*. Buenos Aires: Ediciones Pleyade.
- Echeverry, Margarita. 2000. "Son diez horas de viaje y cinco años que te meten encima proyectos, identidades y vínculos transnacionales de los y las jóvenes colombianas en España". Tesis Doctoral. Universidad Complutense de Madrid. Madrid.
- Escobar, Arturo, Sonia Álvarez y Evelina Dagnino. 2001. "Introducción: lo cultural y lo político en los movimientos sociales latinoamericanos" En: Arturo Escobar, Sonia Álvarez y Evelina Dagnino (eds.), *Política cultural & cultura política: una nueva mirada sobre los movimientos sociales latinoamericanos*. pp. 17-48. Bogotá: Taurus-ICANH.
- Escobar, Juan Camilo. 2009. *Progresar y civilizar. Imaginarios de identidad y élites intelectuales de Antioquia en Euroamérica, 1830-1850*. Medellín: EAFIT.
- Franco Vilma Liliana. 2005. Prácticas hegemónicas de la coalición políticamente dominante en Medellín y su entorno urbano-regional. *Estudios Políticos* (26).
- Gallego Badillo Yahell. S.f. "Cultura política, participación y democracia en Colombia". Asesora Despacho Viceministra del Interior.
- García Sierra, Jaime. 1987. Antioquia frente al destino. *Revista Repertorio Histórico Academia Antioqueña de Historia*. 38 (250): 7-8.
- Geertz, Clifford. 1987. *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Giraldo, Jorge. (s, f) "Seguridad en Medellín: el éxito, sus explicaciones, limitaciones y fragilidades". EAFIT. Medellín.
- Giménez, Gilberto. 2007. *Estudios sobre la cultura y las identidades sociales*. México: Conaculta-ITESO.
- _____. 1993. Apuntes para una teoría de la identidad nacional. *Sociológica*. 8 (21).

- Goolishian, H. y Anderson, H. 1994. "Narrativa y sí-mismo, algunos dilemas postmodernos de la psicoterapia". En: *Nuevos Paradigmas, Cultura y Subjetividad*. Buenos Aires: Paidós.
- Gouëset, Vincent. 1998. *Bogotá: nacimiento de una metrópoli; la originalidad del proceso de concentración urbana en Colombia en el siglo XX*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Guattari, Félix y RolnikSuely. 2006. *Micropolítica. Cartografía del deseo*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Gutiérrez, Roberto. 1996 "La cultura política en México: teoría y análisis desde la sociología" En: Esteban Krotz (coord.), *El estudio de la cultura política en México*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-CIESAS.
- Herlinghaus, Hermann. 2002. Narración e imaginarios identitarios. Paradojas y pistas de reflexión. *Nómadas*. (16): 126-138.
- Hilb Claudia. 2000. Violencia y política en la obra de Hannah Arendt. *Postdata*. (6): 75-105.
- López de la Roche, Fabio. 2000. Aproximaciones al concepto de cultura política. *Convergencia*. 7 (22)
- Mills, Wright. 1993. *La élite del poder*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Mouffe Chantal. 2007 *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- _____. 1999. *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Barcelona: Paidós.
- Naranjo, Gloria Elena; Hurtado, Deicy Patricia; Peralta Agudelo, Jaime Andrés. 2001. *Tras las huellas ciudadanas*. Medellín: INER-Universidad de Antioquia.
- Nivón Eduardo. 1990. Urbanización, marginalidad y cultura política *Alteridades* (1): 37-42.
- Orjuela, Luis Javier. 2003. *Las transformaciones contemporáneas de lo político y sus problemas de legitimación*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- _____. 1993. "Descentralización y gobernabilidad en Colombia". En: *Gobernabilidad en Colombia. Retos y desafíos*. 27-84. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Ortiz, Luis Javier.1985. *El federalismo en Antioquia: 1850-1880. Aspectos políticos*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia.

- Parsons, James J. 1950. *La colonización Antioqueña en el Occidente de Antioquia*, Medellín: Imprenta Departamental de Antioquia.
- Pizarro León Gómez, Eduardo. 2008. "Gigantes con pies de barro: los partidos políticos en Colombia". En: *La crisis de la representación democrática en los países andinos*. Grupo Editorial Norma. Bogotá.
- Poulantzas, Nicos. 1979. *Estado, poder y socialismo*. México: Siglo XXI.
- _____. 1969. *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, México: Siglo XXI.
- Reina Otero, Alexander. 2007. *Compromiso ciudadano: de fenómeno de opinión a movimiento político. Ecos de las reformas y los resultados electorales, Medellín 2002-2007*. Medellín: Instituto Popular de Capacitación IPC.
- Restrepo, Eduardo. 2012. *Intervenciones en teoría cultural*. Popayán: Universidad del Cauca.
- Restrepo, Nicanor. 2011. *Empresariado antioqueño y sociedad, 1940-2004. Influencia de las élites patronales de Antioquia en las políticas socioeconómicas colombianas*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Reyes, Francisco. 2011. Todavía falta mucho para una nueva política. Exmagistrado del Consejo Nacional Electoral.
- Rodríguez, Juan Carlos y Seligson Mitchell A. 2011. "Cultura política de la democracia en Colombia, Actitudes democráticas en la sucesión". Observatorio de la democracia. Universidad de los Andes, Universidad de Vanderbilt, Centro Nacional de Consultoría. Bogotá.
- Rodríguez Rincón Yolanda. 2009. Lo político y la política. Un diálogo de Nicos Poulantzas con Antonio Gramsci. *Ciencia Política* (8): 38-52.
- Salazar, Alonso y Jaramillo, Ana María. 1993. *Las culturas del narcotráfico*. Bogotá: CINEP.
- Sartori Giovanni, Mazzoleni Giani y otros. (2003) *La tierra explota: superpoblación y desarrollo*. 1. ed Taurus, 2003- Argentina.
- Uribe, Margarita María. 2003. Construcción de imaginarios identitarios: la narrativa de la "raza paisa". *Revista Topos y tropos*.
- Uribe, María Teresa. 1990. *La territorialidad de los conflictos y de la violencia en Antioquia. Realidad Social*. Medellín: Gobernación de Antioquia- Edinalco.

Vargas Garduño, María de Lourdes y Carlos Pérez y Zavala. 2009. *La memoria colectiva en las comunidades indígenas, una estrategia para la construcción de identidad. Veredas* (2): 85-102.

Zuleta, Eduardo. 2000. *Literatura antioqueña 1880- 1930. Manuel Uribe Ángel y los literatos antioqueños de su época*. Medellín: Dirección de cultura de Antioquia.

REFERENCIAS ELECTRÓNICAS

Blu Radio. En Antioquia no hay nada a medias, tenemos santa y al más malo. 29 de mayo de 2013. [fecha de consulta: 30 de mayo 2013] Disponible en: <http://www.bluradio.com/#!recomendados>.

Calle, Horacio. How i discovered my jewish background.. 2000. [fecha de consulta: junio 2011] Disponible en: <http://www.armoni.info/spanish/disc.htm>

Cámara de Comercio de Medellín, Corporación Consejo de Competitividad de Antioquia. El norte está claro: prospectiva de Antioquia y formulación de visión al 2020. Proyecto Visión Antioquia, junio de 2006. [fecha de consulta: 12 febrero 2013] Disponible en: <http://www.medellin.gov.co/irj/go/km/docs/wpccontent/Sites/Subportal%20del%20Ciudadano/Nuestro%20Gobierno/Secciones/Publicaciones/Documentos/2009/PLAN%20ESTRATEGICO%20INSTITUCIONAL%204/Antioquia%202020%20estrategia%20de%20competitividad>.

Del miedo a la esperanza. Presentación de Sergio Fajardo en el Tecnológico de Monterrey. 13 de mayo 2009. [fecha de consulta: 9- 15 abril 2013] Disponible en: <http://www.youtube.com/watch?v=YBaVbSE5uXg>.

El Colombiano. Un debate para pensar la ciudad. 15 de octubre 2003. [fecha de consulta: 15 abril 2013] Disponible en: http://www.elcolombiano.com.co/proyectos/elecciones/2003/noticias/sep18/forocandidatosalcaldia_14octubre.htm.

El Colombiano. Falleció el arquitecto y empresario Raúl Fajardo, padre del gobernador. Redacción elcolombiano.com Medellín. Publicado el 31 de julio 2012. [fecha de consulta: 1 abril 2013] Disponible en: http://www.elcolombiano.com/BancoConocimiento/R/raul_fajardo_moreno_padre_de_l_gobernador_sergio_fajardo_fallecio_en_medellin/raul_fajardo_moreno_padre_del_gobernador_sergio_fajardo_fallecio_en_medellin.asp.

- El Tiempo. Los mosqueteros de Fajardo. 15 de diciembre 2003. [fecha de consulta: 1 abril 2013] Disponible en: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1044849>.
- El Tiempo. Cordialidad y contrastes en empalme. 13 de noviembre 2003. [fecha de consulta: 7 abril 2013] Disponible en: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1003443>.
- El Tiempo. ¿Paisas y santandereanos vienen de los judíos? 12 de octubre de 2006 [fecha de consulta: marzo de 2013]. Disponible en: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-3283560>.
- Caracol Radio. Resultados Encuesta Invamer Gallup. 14 Septiembre 2006. [fecha de consulta: 1 diciembre 2013]. Disponible en: <http://www.caracol.com.co/programas/encuesta-invamer-gallup-revela-baja-del-presidente-uribe-habla-el-alcalde-de-medellin-sergio-naranjo-el-mas-favoreido/20060914/nota/332544.aspx>.
- Dane. Resultados Encuesta de Cultura Política. Comunicado de prensa. 1 diciembre de 2011. [fecha de consulta: noviembre 2012]. Disponible en: http://www.dane.gov.co/files/investigaciones/eccultural/bp_ecc_2010.pdf.
- En razón pública. Salazar Boris. *Antanas Mockus y la política del siglo XXI*. 10 de mayo 2010. [fecha de consulta: 2 junio 2013]. Disponible en: <http://www.razonpublica.com/index.php/politica-y-gobierno-temas-27/909-antanas-mockus-y-la-polca-del-siglo-xxi.html>.
- Lasillavacia.com. *Una segunda 'donbernabilidad'?: las dos versiones sobre la tregua de las bandas en Medellín*. 10 de febrero 2010. [fecha de consulta: 14 abril 2013]. Disponible en: <http://www.lasillavacia.com/historia/6706>. Tomado el 14 de abril de 2013.
- Medellín como vamos. Gestión Pública. 2008. [fecha de consulta: 1 diciembre 2011]. Disponible en: <http://www.medellincomovamos.org/bitcache/21f15d63c908cee1d580597aa2c3806fbccd35f9?vid=358&disposition=inline&op=view>.
- MOIR. *Alcalde de Medellín, Sergio Fajardo: excluye a los voceros de los usuarios de la junta directiva de EPM*. (s.f) [fecha de consulta: marzo 2013]. Disponible en: <http://www.moir.org.co/ALCALDE-DE-MEDELLIN-SERGIO-FAJARDO.html>.

Velásquez, Lucas. Revista Nexos en línea EAFIT. "Yo no me volvería a lanzar como Alcalde": Sergio Fajardo. junio de 2007 [fecha de consulta: 4 abril marzo 2012]. Disponible en: http://issuu.com/nexos/docs/nexos_141.

Revista Arcadia.. *¿Qué caracteriza a la Política Cultural en Medellín?*. 27 noviembre 2011 [fecha de consulta: 30 marzo 2012]. Disponible en: <http://www.revistaarcadia.com/especiales/cultura/articulo/el-secretario-medellin/26706>.

Revista Semana. *Nuevos alcaldes: Medellín busca su eterna primavera*. 4 enero 2012. [fecha de consulta: 29 abril 2013]. Disponible en: <http://www.semana.com/nacion/articulo/nuevos-alcaldes-medellin-busca-su-eterna-primavera/251512-3>

Revista Semana. *La 'coca' Nostra*. 1994. 24 octubre 1994 [fecha de consulta: 10 abril 2013] Disponible en: <http://www.semana.com/nacion/articulo/la-coca-nostra/23899-3>.

Revista Semana. 2007. *¿empresarios por herencia?*. Octubre 2007. [fecha de consulta: 12 abril 2013] Disponible en: www.semana.com/especiales/empresarios-herencia/107155-3.aspx.

Votebien.com. Fajardo, el hombre que arrolló a las maquinarias. 27 octubre 2003. [fecha de consulta: 1 abril 2013] http://www.terra.com.co/elecciones_2003/noticias/medellin/27-10-2003/nota115597.html

Congreso Arquine 2011. Sergio Fajardo en Aristegui CNN en Español. [fecha de consulta: junio 2013] Disponible en: <http://www.youtube.com/watch?v=QYQVRt1GQUE>

Fundación Isabel de la Parra Alianza por Tabasco. Conferencia sobre la Experiencia en Colombia. 2011. [fecha de consulta: junio 2013] Disponible en: <http://www.youtube.com/watch?v=TmnSC6ksqM4>.